

SOLILIBROS BRUGUERA

PUNTO

ROJO

como matar sin fatigarse

KEITH LUGER



UN PROTECTOR PARA SHEILA

JOSEPH BERNA



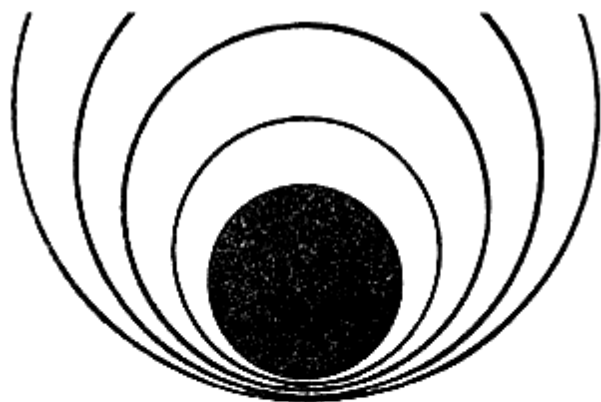
Colección

PUNTO ROJO n.º 1.137

Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA — BOGOTA — BUENOS AIRES — CARACAS — MEXICO



PUNTO ROJO



ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
POR ESTA EDITORIAL

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.742 —Max *el Dragón*.

En Colección KANSAS:

1.325 —El gigante de Kentucky.

En Colección COLORADO:

841 —Un osado californiano.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

675 —La ambición tenía un precio.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

609 —La zíngara y el pistolero.

En Colección PUNTO ROJO:

1.127 —Balance mortal.

En Colección CALIFORNIA:

1.413 —EL rey del póquer.

ISBN 84-02 02520 X

Depósito legal: B. 42.642 1983

Impreso en España Printed in Spain

1a edición en España: febrero. 1984

1a edición en América: agosto. 1984

© Joseph Berna —1984 texto

© Sampere —1984 cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de

EDITORIAL BRUGUERA. S. A

Camps y Fabrés. 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de

Editorial Bruguera, S. A.

Parets del Vallés (N-152. Km 21,650)

Barcelona 1984

CAPÍTULO PRIMERO

SHEILA Evans nadaba en la hermosa piscina.

La mañana era cálida, soleada, preciosa de verdad, y apetecía bañarse. Sheila había sentido ese deseo desde el momento en que se despertó en su cama y miró la amplia ventana de su dormitorio, entreabierta, lo que permitía que penetrasen los rayos del sol, tibios y acariciadores.

Sin la menor pereza, Sheila se había levantado de la cama, se había despojado del breve camisón transparente, se había colocado uno de sus atrevidos bikinis y había bajado al jardín, luciendo también una corta bata de baño y unas zapatillas de goma.

Llevaba casi veinte minutos en el agua, nadando en todos los estilos, sumergiéndose, realizando cabriolas... Disfrutando como una niña, en una palabra.

Pero de niña a Sheila no le quedaba nada, porque había cumplido ya los veintidós años y todo se le había desarrollado lo suficiente como para que se la considerase toda una mujer.

Era bastante alta, tenía el cabello rubio y los ojos azulados.

De pronto Sheila se quedó quieta en el agua, mirando hacia la entrada del jardín, porque había alguien allí. Estaba parado y la observaba con la sonrisa en los labios.

Era Larry Sorensen, el hombre que más interés tenía en casarse con ella. Contaba veintisiete años de edad, tenía el pelo oscuro, y vestía impecablemente.

—¿Qué haces ahí parado? —preguntó Sheila, no demasiado contenta de verle. —Contemplarte —respondió él.

—¡No me gusta que me espíen!

Larry Sorensen rió, mostrando sus sanos dientes, correctamente alineados. —Contemplarte no es espiarte, Sheila —dijo, echando a andar hacia la piscina.

Era un tipo alto, atlético, realmente apuesto, pero demasiado engreído, en opinión de Sheila.

La joven nadó hacia la escalera de acero inoxidable y empezó a subir por ella. Larry aceleró el paso y alcanzó la escalera antes de que Sheila saliera de la piscina. Apoyó las manos en la parte alta de la misma, se inclinó, y dijo:

—Si quieres que te deje salir, tendrás que darme un beso.

—No me apetece.

—A mí, sí.

—Apártate, Larry.

—Primero, el beso.

—No hay beso.

Larry Sorensen posó su mirada en los firmes y agresivos senos de Sheila Evans, que el reducido sujetador del bikini no podía cubrir más que en un cincuenta por ciento.

Tal vez menos.

Ello, unido al hecho de que las gotas de agua se deslizaban por ellos, lentamente, como acariciándole la piel, hizo que los ojos de Larry brillaran de deseo.

—Tu cuerpo mojado me excita, Sheila —confesó.

—Déjame que me seque con la toalla, pues.

—No serviría de nada, porque seco también me excita.

—¿De veras?

—Bien lo sabes.

—Entonces te aconsejo que te des una zambullida y te enfríes un poco.

—Prefiero estrechar tu maravilloso cuerpo y besar tus tentadores labios.

—Inténtalo y te parto los tuyos de un puñetazo.

—¿Serías capaz?

—No lo dudes.

—En ese caso mejor será que me aparte.

—Desde Luego.

Larry se hizo a un lado y Sheila pudo salir de la piscina.

Los ojos masculinos recorrieron el esbelto cuerpo femenino, que brillaba a causa del agua y de los rayos del sol.

—Estás cómo quieres, Sheila... —murmuró Larry.

—Vete a paseo —rezongó la joven, y le dio la espalda.

No fue la espalda, sin embargo, lo que Larry le miró, sino lo que viene a continuación, según se baja.

—Madre mía... —exclamó ahogadamente, mientras sus ojos mordían el precioso trasero femenino, escasamente cubierto por la brevísima pieza inferior del bikini.

Sheila caminaba hacia la tumbona, pero Larry no la dejó llegar, ya que la alcanzó en un par de saltos y la abrazó por detrás, pegándose bien a ella.

—¡Sheila, amor mío! —exclamó, antes de besarla en el cuello, sobre la palpitante arteria, que empezó a latir con furia.

—¡Suéltame, Larry! —gritó la joven.

—¡Te quiero! ¡Te amo! ¡Te adoro!

—¡Y me comprarás un loro!

—¡Todos los que quieras!

—¡No me gustan los pajarracos! ¡Y eso es lo que eres tú, Larry, un pajarraco!

—¡Te equivocas! ¡La única pluma que tengo es estilográfica!

—¡Estilocuernos! —rugió Sheila, que seguía luchando por soltarse, sin conseguirlo.

Larry Sorensen rió, besó de nuevo el cuello femenino, todavía húmedo, y aseguró: —Estoy loco por ti, Sheila.

—¡Te ordeno que me sueltes, Larry! ¡Te estás aprovechando!

—Prométeme que me darás un beso.

—¡Un estacazo, eso es lo que te daré si no me dejas!

—Sé que tú también me amas, Sheila.

—¿Amarte? ¡Te odio, Larry!

—Lo dices para despistar.

—¡Es una verdad como un templo!

—Templo y boda tienen mucho que ver. ¿Cuándo nos casamos, Sheila?

—¡Antes me ahorco en un perchero!

—¿Has dicho en febrero?

—¡Al infierno contigo!

—Allí debo de encontrarme ya, porque estoy que ardo —confesó el zorro de Larry, y se pegó aún más al cuerpo prácticamente desnudo de Sheila.

Esta pudo comprobar que era verdad y se enfureció más aún.

—¡Yo apagaré tu fuego, antorcha humana! —aseguró, y empujó con su cuerpo, obligando a Larry a caminar hacia atrás.

—¡Lo estoy deseando, nena! —respondió él, sin percatarse de la proximidad de la piscina.

Sheila lo hizo retroceder un poco más, Larry tropezó en el dique de la piscina, perdió el equilibrio, y cayó a ella, sin arrastrar consigo a la muchacha, porque la soltó cuando vio que se caía de espaldas.

Larry se hundió, pero no tardó en emerger, porque era un buen nadador.

Sheila rompió a reír.

—Qué, ¿te has apagado ya, tea encendida? —preguntó, en tono burlón.

Larry soltó un taco y barbotó:

—¡No ha tenido gracia, Sheila!

—¡No la habrá tenido para ti, pero sí para mí! ¡Y mucha!

—¡Te lo haré pagar!

—¡No te debo nada, Larry!

—¡Me has arrojado a la piscina vestido! ¿Te parece poco?

—¡Tú te lo buscaste!

—¡Maldita sea! —masculló Larry, y nadó hacia la escalera metálica.

Sheila le dejó salir de la piscina, pero cuando vio que venía directamente hacia ella le apuntó con el dedo y ordenó:

—¡Detente, Larry!

—Me tienes miedo, ¿eh?

—No, ninguno.

—Te voy a abrazar con fuerza y te voy a besar en los labios.

—Te aconsejo que no lo intentes, Larry.

—¡Al diablo tus consejos!

Sheila dio un salto hacia atrás.

—¡No, Larry!

—¡Sí, Sheila!

La joven no pudo evitar que Larry Sorensen la abrazara y la apretara contra su cuerpo chorreante.

—¡Ya te tengo, Sheila!

—¡Suéltame!

—¡Te va a gustar tanto el beso que no querrás que termine!

—¡Lo lamentarás, te lo advierto!

Larry sonrió y aplastó su boca contra la de ella, dispuesto a devorarle literalmente los labios.

Sheila, sin pensárselo dos veces, elevó bruscamente su rodilla derecha y la incrustó entre los muslos masculinos, golpeando lo que allí había.

Larry la soltó en el acto, lanzó un terrible aullido y cayó de rodillas, agarrándose lo que tanto le dolía.

Sheila se hizo rápidamente atrás, recordando:

—¡Te dije que lo lamentarías, Larry!

—¡Maldita! —barbotó él, con lágrimas en los ojos, porque el dolor que sentía en sus genitales era espantoso.

—¡No quiero verte más! ¡Sal de esta casa y no vuelvas nunca! ¡Se acabó nuestra amistad, Larry!

Sorensen se irguió con mucha dificultad y masculló:

—Tú sí que lo vas a lamentar, Sheila. A mí nadie me echa a la calle como si fuera un perro sarnoso. No me conoces bien y no sabes de lo que soy capaz cuando alguien me trata como me has tratado tú. Te arrepentirás, te lo juro.

Sheila Evans no pudo evitar un estremecimiento, pero se mantuvo firme en su decisión.

—¡Fuera! —gritó, señalando la salida del jardín.

Larry Sorensen se marchó sin lanzar una sola amenaza más, pero firmemente decidido a cumplir las que lanzara antes, porque era un tipo terriblemente vengativo.

Capítulo II

MITCH Broceo se encontraba en su oficina, echando una ojeada a los periódicos de la mañana, porque no tenía nada mejor que hacer, por el momento.

Era detective privado y el último caso que le habían confiado quedó resuelto el día anterior, así que ahora estaba a la espera de que le encargasen un nuevo caso, lo que podía suceder dentro de unas horas, de unos días... o de unas semanas.

Esto último sería terrible, porque las reservas económicas de Mitch no daban para tanto. No era un detective famoso, en Los Angeles había varios con mucho más prestigio que él, aunque eso no significaba que fuesen mejores, más hábiles y más inteligentes.

Sencillamente, llevaban mucho más tiempo que Mitch en la profesión.

Años y años.

Mitch apenas llevaba seis meses.

Prácticamente no había tenido tiempo de demostrar su valía, pues habían sido pocos los casos que le habían confiado y ninguno de ellos importante.

Los había resuelto satisfactoriamente, desde luego, pero habían sido pequeños éxitos, sin ninguna resonancia. Para alcanzar la fama había que solucionar un caso verdaderamente difícil y complicado, del que luego hablan largo y tendido los periódicos.

El nombre del afortunado detective empieza a sonar y los casos comienzan a lloverle, lo que le permite seguir demostrando su capacidad, aumentar su prestigio... y ganar mucho dinero.

Naturalmente, Mitch confiaba en que algún día le encargasen uno de esos casos difíciles que proporcionan fama y dinero, porque se consideraba un buen detective y no dudaba de que sabría resolverlo.

De pronto sonó el timbre de su oficina.

Mitch alzó la mirada y la posó en la puerta, cuya mitad superior era de cristal translúcido, lo que le permitió vislumbrar la silueta del hombre que acababa de pulsar el timbre.

El detective retiró rápidamente los periódicos, pues intuía que se trataba de un cliente, y se levantó del sillón. Rodeó la mesa y caminó hacia la puerta.

Mitch Brocco era un tipo alto y fuerte, moreno, no mal parecido. Tenía veintinueve años de edad y vestía un traje claro, aunque la chaqueta colgaba del perchero. La camisa, de color azul pálido, era de cuello abierto, así que no precisaba corbata.

El detective alcanzó la puerta y abrió.

En el cristal translúcido figuraba su nombre y su profesión, por lo que el hombre que aguardaba en el corredor preguntó:

—¿Mitch Brocco?

—Sí —asintió el detective, observando al tipo.

Era de estatura corriente, más bien delgado, y vestía con distinción. Aparentaba unos cuarenta y ocho años de edad.

—Mi nombre es Harold Evans —se presentó el hombre, tendiendo su diestra al detective.

Mitch se la estrechó.

—Mucho gusto, señor Evans.

—He venido a confiarle un caso, señor Brocco. ¿Puede usted atenderme?

—Por supuesto. Pase usted, señor Evans.

—Gracias, muy amable.

Harold Evans entró en el despacho y el detective cerró la puerta, indicando:

—Siéntese, señor Evans.

El cliente ocupó el sillón que había delante de la mesa del detective privado. Este rodeó su mesa y se sentó también.

—¿De qué se trata, señor Evans?

—Antes de nada, dígame si lleva usted algún otro caso entre manos, señor Brocco.

—No, ninguno. Precisamente ayer solucioné el último.

—Magnífico. Se lo he preguntado porque va a tener que dedicarme usted todo su tiempo, señor Brocco.

—Cuenta con ello, señor Evans.

—Se lo agradezco de veras.

—Expóngame su caso, señor Evans.

—Se trata de mi hija. Se llama Sheila y tiene veintidós años. Le he traído una fotografía —dijo Harold, llevándose la mano al bolsillo interior de la chaqueta.

Extrajo la foto y se la tendió al detective.

Mitch la tomó, la miró, y comentó:

—Tiene usted una hija preciosa, señor Evans.

—Gracias.

—¿Qué le pasa a Sheila? —preguntó Mitch—. No habrá desaparecido, ¿verdad? —Todavía no.

Mitch entornó el ojo izquierdo.

—¿Por qué dice «todavía no»?

—Porque puede desaparecer en cualquier momento.

—Explíquese, señor Evans.

—Sheila ha sido amenazada, esta misma mañana, por un tipo llamado Larry Sorensen. Seriamente amenazada, señor Brocco.

—¿Quién es Larry Sorensen?

—Un sujeto capaz de cualquier cosa. De secuestrar a Sheila, de golpearla, de violarla, de torturarla... y hasta de asesinarla, para vengarse.

—¿De Sheila?

—Sí.

—¿Por qué? ¿Qué le ha hecho ella?

Harold Evans le refirió lo sucedido aquella mañana en el jardín.

—Vaya, veo que Sheila sabe defenderse de los tipos pesados — comentó Mitch, con una ligera sonrisa.

—Larry Sorensen no se lo perdonará. Se había hecho ilusiones de casarse con ella, consciente de su indudable atractivo y de su experiencia con las mujeres, pero con Sheila ha fracasado rotundamente. No ha sabido conquistarla. Y es que Sheila es una joven muy inteligente. Supo ver, casi desde el principio, que Larry Sorensen buscaba mi dinero.

No es por presumir, pero tengo bastante.

—Continúe, señor Evans —rogó Mitch.

—Bueno, creo que el problema ha quedado expuesto ya. Larry ha amenazado a Sheila. Y le creo muy capaz de cumplir su amenaza, porque ese tipo es capaz de todo, ya lo dije antes. Sheila también le cree capaz y está un poco asustada. Bastante asustada, diría yo, porque de lo contrario no me hubieras contado lo ocurrido. Teme la venganza de Larry Sorensen.

—¿Y qué es lo que quiere de mí, señor Evans? ¿Que vigile a Larry Sorensen?

—No, porque eso podría no ser suficiente. Larry es un tipo muy astuto, señor Brocco, y tomará precauciones antes de actuar. Incluso puede que no actúe personalmente, que envíe a alguien para que realice el «trabajo» por él. Y en ese caso de nada serviría vigilar a Larry.

—Tiene razón —asintió Mitch.

—Prefiero que vigile a Sheila, señor Brocco.

—¿A Sheila?

—Sí, que la proteja de día y de noche. Que no la pierda de vista ni un segundo, vaya donde vaya y haga lo que haga. Tiene que convertirse usted en su sombra, señor Brocco. De esa manera, si alguien intenta algo contra ella usted estará allí para defenderla y atrapar al agresor. Si es

Larry Sorensen en persona, lo entregaremos a la policía y el problema habrá quedado resuelto. Y si es alguien enviado por él, le obligaremos a confesar y Larry será igualmente arrestado y encarcelado. Y también así quedará resuelto el problema.

Mitch, un tanto desilusionado, dijo:

—Usted no necesita un detective privado, señor Evans. Lo que necesita es un guardaespaldas para Sheila.

—Prefiero llamarlo protector.

—Viene a ser lo mismo.

—Le pagaré bien, señor Brocco.

—No lo dudo, pero...

—¿No le interesa el caso?

—Sinceramente, no. Lo mío es la investigación, señor Evans. No soy un vulgar guardaespaldas. O protector, como usted lo llama.

—Cien dólares diarios. Y cinco mil si logra enviar a la cárcel a Larry Sorensen.

Mitch vaciló.

—Me está tentando, usted, señor Evans.

—Acepte, se lo ruego.

—Lo siento, pero...

—Doscientos dólares diarios.

A Mitch casi se le escapa un silbido.

—Está decidido a conseguir mis servicios, ¿eh, señor Evans?

—Desde luego.

—¿Por qué precisamente los míos? ¿Me lo puede decir?

—Creo que es usted el hombre adecuado, señor Brocco.

—¿Cómo lo sabe?

—Me he informado antes de venir.

—No soy un detective famoso, señor Evans.

—Pero puede ser un buen protector para Sheila. Es, además, joven y apuesto.

—¿Qué tiene que ver la edad y el aspecto físico? —preguntó Mitch.

—En este caso, mucho —respondió Harold, sonriendo.

—Explíquese.

—Sheila no quiere un protector.

—¿No?

—Se niega rotundamente a llevar un desconocido pegado a sus talones, pese a temer la venganza de Larry Sorensen.

—¿Entonces?

—Confío en que usted le guste, señor Brocco. Y si le gusta, Sheila aceptará su protección.

—¿Y si no le gusto?

—En ese caso, tendría que protegerla sin que ella se diera cuenta.

—Sera mucho más difícil.

—Ya lo sé. Por eso voy a llevarle un detective joven, alto, atlético y bien parecido —sonrió de nuevo Harold Evans.

Capítulo III

SHEILA Evans se hallaba en el salón, sentada en el sofá con una copa en las manos, jugueteando con ella de una manera inconsciente. Estaba pensativa y su gesto era de preocupación.

Naturalmente, ya no iba en bikini. Se había cambiado poco después de contarle a su padre su incidente con Larry Sorensen, y ahora lucía unos *shorts* blancos y una blusa color naranja, anudada a la cintura.

De repente Sheila pareció volver a la realidad y consultó su pequeño reloj de oro. Al ver la hora que era alargó el brazo y oprimió el timbre que permanecía oculto bajo la mesa.

Mientras aguardaba, se llevó la copa a los labios e ingirió un sorbo de licor. Segundos después aparecía Jenny, la doncella, una morenita de rostro agraciado y formas muy estimables, que contaba veinticuatro años de edad. La brevedad del uniforme le permitía exhibir sus bonitas piernas.

—¿Llamaba, señorita Sheila?

—Sí. Jenny.

—Usted dirá.

—¿Ha vuelto ya mi padre?

—Todavía no, señorita.

—Pues ya debería estar aquí. Es hora de comer.

—Debe de estar al caer.

—Esperemos que no se haga mucho daño.

—¿Cómo dice?

—En la caída, mujer —sonrió Sheila.

La doncella se echó a reír.

—¡No había pillado el chiste!

—Avísame cuando llegue mi padre, Jenny.

—Descuide, señorita Sheila.

La doncella dio media vuelta y se alejó, moviendo con gracia sus redondeadas caderas. Sheila apuró su copa y la dejó sobre la mesa. Después se levantó del sofá y empezó a pasear por el salón, preguntándose por qué su padre se retrasaba.

Ignoraba, naturalmente, que había ido en busca de un detective privado para que le diera protección día y noche, en contra de sus

deseos.

De pronto apareció Jenny de nuevo.

¡Y cómo apareció!

Parecía un bólido de carreras.

—¡Señorita Sheila!

—¿Qué ocurre, Jenny?

—¡Su padre! —informó la doncella, justo en el momento en que, debido a su velocidad y al brillo del suelo, le resbalaba un pie y daba con sus cuartos traseros en él.

—¡Jenny! —exclamó Sheila llevándose la mano a la boca.

—¡Mi madre! —gritó la doncella, llevándose también la mano, pero al trasero—. Si lo llego a tener de cristal...

Sheila no pudo contener la risa, pero no por ello dejó de aproximarse a la doncella, a la que ayudó a ponerse en pie.

—¿Te has hecho daño, Jenny?

—Más que su padre, señorita.

—No te entiendo.

—¡Que era yo la que estaba al caer, no él! —exclamó la doncella, masajeándose las posaderas.

Sheila rió con ganas.

—¡Me has devuelto el chiste, Jenny!

La doncella rió también, porque la verdad es que no se había hecho demasiado daño en la caída.

—¿Por qué corrías tan deprisa, Jenny?

—Vi llegar el «Cadillac» de su padre, señorita Sheila.

—Te dije que me avisaras, pero tampoco era necesario que te convirtieras en un coche de Fórmula-1.

—¡Es que su padre no ha vuelto solo, señorita!

—¿Qué?

—¡Le acompaña Burt Reynolds!

—¿Quién? —exclamó Sheila, respingando.

—Bueno, un morenazo tan fuerte y tan atractivo como ese actor de cine, quise decir. ¡Está de toma pan y moja, señorita!

Sheila le apuntó con el dedo.

—Jenny...

—¡Es la verdad, señorita! ¡El tipo se parece muchísimo a Burt Reynolds!

—Es tu actor favorito, ¿verdad?

—¡Desde luego! ¡No me pierdo ninguna de sus películas! ¡Y sueño muchas noches con él!

—¿Y qué sueles soñar?

—¡Siempre lo mismo! Que me toma en sus brazos, me besa con

pasión, me despoja de la ropa, me cubre de caricias, y después...

—¡No sigas, que ya adivino cómo acaba tu sueño! —la interrumpió Sheila, riendo.

La doncella lanzó un hondo suspiro.

—Si los sueños fueran realidad, yo sería madre ya de media docena de hijos, por lo menos. ¡Y Burt Reynolds sería el padre de todos ellos!

—¡Seguro! —volvió a reír Sheila.

Jenny unió su risa a la de ella.

Sheila iba a decir algo pero se frenó al ver aparecer a su padre, acompañado del tipo que, según Jenny, se parecía mucho a Burt Reynolds, el famoso actor.

Después de fijarse en él, Sheila se dijo que el parecido apenas existía, aunque tuvo que reconocer que el tipo era realmente apuesto, varonil e interesante.

Jenny, por lo bajo, preguntó;

—¿Voy por el pan, señorita Sheila?

—¿Qué?

—Para mojar, ya sabe.

Sheila le arreó con el codo, con disimulo, mientras contenía la risa.

—Esfúmate, Jenny —ordenó, a media voz.

—Sí, señorita. Y suerte con el morenazo.

Sheila intentó clavarle de nuevo el codo, pero la simpática doncella se alejaba ya, reprimiendo también la risa.

Harold Evans y su acompañante se acercaron.

—Hola, Sheila —saludó Harold, antes de besar a su hija en la mejilla.

—Te estaba esperando, papá.

—Me entretuve con este amigo.

—¿Quién es?

—Me llamo Mitch —se presentó el detective privado—. Mitch Brocco.

—Encantada —sonrió Sheila, aceptando la mano que le ofrecía Mitch.

El detective se la estrechó cálidamente, mirándola a los ojos, y Sheila sintió una extraña sensación por todo el cuerpo.

Harold Evans, muy pendiente de la reacción de su hija, adivinó por la expresión de sus ojos que Mitch Brocco era de su agrado. Pero que muy de su agrado.

Y eso le complació, claro.

Era muy importante que Mitch le gustase a Sheila como hombre, porque sólo así lo aceptaría como protector.

Harold carraspeó y dijo:

—He invitado a Mitch a comer, Sheila.

—Me alegro —confesó la joven.

—Es usted muy amable, Sheila —dijo el detective—. Casi tanto como bonita.

—Agradezco su galantería, señor Brocco.

—Le ruego que me llame Mitch.

—De acuerdo.

Harold carraspeó de nuevo.

—Como el almuerzo ya estará dispuesto, sugiero que pasemos al comedor —dijo, y abandonó el salón, acompasado de Sheila y Mitch.

Capítulo IV

ESTABAN terminando de almorzar, pero Harold Evans todavía no le había confesado a su hija que Mitch Brocco era detective privado y que lo había contratado para que le diera protección.

Repentinamente, Sheila preguntó:

—¿A qué se dedica usted, Mitch?

El detective, antes de responder miró a Harold Evans.

Este tosió y tomó la palabra:

—Mitch tiene una profesión muy interesante, Sheila.

—¿De veras?

—Sí. Y que está muy de moda.

—¿Cuál es?

—Dígaselo, Mitch.

—Soy detective privado —reveló Brocco.

Sheila pareció recibir un golpe bajo.

—Conque era un amigo tuyo, ¿eh, papá? —dijo, con los dientes apretados.

—Es cierto, hija. Hace tiempo que conozco a Mitch.

—No mientas. Lo has conocido hoy Y lo has contratado para que me dé protección.

—La necesitas, Sheila.

—Ya discutimos el asunto. Y te dije que no quiero llevar a nadie pegado a mis talones.

—¿Y si Larry Sorensen, o alguien enviado por él, te ataca?

—Me defenderé.

—Eres una mujer, Sheila.

—Y no lo lamento, te lo aseguro.

Mitch Brocco carraspeó ligeramente.

—Permita que hable yo con su hija, señor Evans.

—Adelante —accedió Harold.

—No logrará convencerme, señor Brocco —advirtió Sheila.

—Escúcheme, al menos.

—Está bien, hable. Perderá lamentablemente el tiempo, pero...

—Soy detective privado, no guardaespaldas. Quiero decir que no me interesaba la proposición de su padre.

—¿Y por qué aceptó?

—En principio me negué.

—Es cierto, Sheila —corroboró Harold—. Mitch no quería aceptar el caso. Me costó mucho convencerle.

—¿Mucho... dinero?

—La cuestión económica no influyó demasiado en mi decisión, Sheila —aseguró Mitch.

—¿Qué le hizo cambiar de parecer, pues? —preguntó la joven.

—El cariño que su padre demostró que le tiene. Más que comprar mi ayuda, me suplicó que se la prestara. Y no pude negarme. Me remordería la conciencia si a usted le ocurriese algo, Sheila.

—¿En serio?

—Sí, le estoy hablando sinceramente. No soy un vulgar guardaespaldas, pero estoy dispuesto a protegerla. Si tengo que arriesgar mi vida por salvar la suya, lo haré sin dudar.

Sheila guardó silencio.

Evidentemente, las palabras del detective privado le estaban haciendo reconsiderar el asunto.

Mitch, dándose cuenta de ello, añadió:

—No seré un estorbo para usted, Sheila. Me tendrá siempre cerca, pero no la molestaré. Podrá realizar usted su vida con toda normalidad, yo no le prohibiré nada. Me limitaré a vigilarla para que nadie pueda hacerle daño.

La joven siguió callada.

Harold Evans, nervioso, preguntó:

—¿Aceptas la protección del señor Brocco, Sheila?

—Sí, pero a título de prueba. Si me resulta molesta o incómoda su compañía, te lo haré saber y le ordenarás que se olvide de mí. ¿De acuerdo, papá?

—De acuerdo, hija —respondió Harold, visiblemente satisfecho.

* * *

Las cinco de la tarde.

Harold Evans y Mitch Brocco conversaban en el salón, sentado el primero en un sillón y el segundo en el sofá. Hacía unos quince minutos que Sheila se había ausentado, dejándolos solos.

—¿Adónde ha ido Sheila, señor Evans? —preguntó el detective.

—No lo sé.

—¿No cree que debería averiguarlo?

—¿Usted o yo?

—Yo, que soy su protector.

—Tiene razón. Vaya en su busca, Mitch.

El detective se puso en pie.

—Vuelvo enseguida, señor Evans.

—No tenga ninguna prisa. Prefiero que esté con Sheila que conmigo, pues es ella la que corre peligro, no yo. Aunque no creo que lo corra en casa. Al menos, de día.

—Nunca se sabe —dijo Mitch, y abandonó el salón.

A los pocos segundos se tropezaba con Jenny, la doncella que le encontraba un gran parecido con Burt Reynolds.

—Un momento, Jenny —rogó el detective.

—¿Sí, señor Reynolds? —dijo la doncella, mirándolo con ojos cándidos.

—No me llamo Reynolds, sino Brocco.

—¡Oh!, sí, le ruego que me disculpe, señor Brocco. Me confundí.

—No tiene importancia.

—¿Qué desea, señor Brocco?

—Saber dónde está la señorita Sheila.

—Subió a su habitación.

—Indícame cuál es.

La doncella agrandó los ojos.

—¿Va a subir usted también, señor Brocco?

—Sí.

—Qué adelantada está la cosa —murmuró la doncella.

—¿Decías, Jenny?

—No, nada —tosió la joven, quien seguidamente le indicó cuál era la habitación de Sheila.

—Gracias, Jenny.

—No hay de qué, señor Reynolds.

—¿Otra vez?

—¿Qué?

—Has vuelto a llamarme Reynolds, Jenny.

—¡Oh, qué tonta estoy! —exclamó la doncella, abofeteándose a sí misma con gracia—. Le pido nuevamente disculpas, señor Brocco.

—Estás disculpada, preciosa —sonrió Mitch, y le pellizcó la barbilla.

Después echó a andar hacia la escalera.

Jenny le siguió con la mirada, al tiempo que se pasaba las yemas de los dedos por el mentón.

—Me ha llamado preciosa —murmuró—. Y me ha pellizcado la barbilla... Claro que, puesto a pellizcar, podía haber elegido algo mejor —sonrió, maliciosa—. Quizá la próxima vez...

Sheila Evans, efectivamente, se hallaba en su habitación. Sentada frente al tocador, concretamente, arreglándose el cabello.

De pronto, dieron unos golpes en la puerta.

—¿Quién es? —preguntó Sheila volviendo la cabeza.

—Mitch —respondió el detective desde el otro lado.

—¿Qué es lo que quiere, señor Brocco?

—¿Está usted visible, Sheila?

—Sí.

Mitch abrió la puerta y entró en la habitación, comprobando que la hija de Harold Evans se había cambiado de ropa. Ahora lucía un bonito vestido color crema, corto y liviano, con un cinturón dorado, y se había puesto zapatos de alto y fino tacón.

—¿Ocurre algo, señor Brocco? —preguntó Sheila.

—No, nada.

—¿Por qué ha venido en mi busca, entonces?

—Su ausencia se prolongaba y me tenía preocupado.

—Subí a cambiarme.

—¿Piensa salir, Sheila?

—Sí.

—¿Adónde vamos?

—Yo, de compras. Usted, no sé.

—Compraré algo también.

—¿El qué?

—Una corbata, por ejemplo.

—No usa.

—A veces, sí.

Sheila se levantó, cogió su bolso y caminó hacia la puerta.

—Está bien, venga conmigo —gruñó.

—Es mi obligación, Sheila —sonrió Mitch, abriendo la puerta.

La joven salió de la habitación y el detective la siguió.

Descendieron ambos a la planta inferior, encontrando enseguida a la doncella.

—Dile a mi padre que he salido de compras, Jenny.

Y que el señor Brocco me acompaña.

—¿Qué suerte? —se le escapó a la doncella.

—¿Cómo?

Jenny ya estaba tosiendo, en un intento de ahogar sus propias palabras.

—Decía que esta temporada se lleva el verde, señorita.

—Pues yo no pienso comprarme nada verde.

—Hará bien, porque pasará pronto de moda.

—Hasta luego, Jenny.

—Adiós, señorita Sheila. Adiós, señor Reynolds.

—¡Jenny! —exclamó Sheila, recriminándola con la mirada.

—¡Ay, se me volvió a escapar! —dijo la doncella, cubriéndose la boca con la mano y echando a correr hacia el salón.

Mitch emitió una risita.

—Es la tercera vez que Jenny me llama Reynolds. ¿Por qué será?

—Es una chica muy despistada —dijo Sheila—, Vamos, señor Brocco.

Mitch la siguió y salieron juntos de la casa.

El coche de Sheila, un flamante «Ford-Cobra», estaba en el garaje, por lo que entraron en él. Sheila se sentó al volante y Mitch lo hizo junto a ella.

La joven puso el vehículo en marcha y lo sacó del garaje con una maniobra digna de un experto piloto de bólidos de Fórmula-1. Después lo dirigió hacia la carretera que conducía a Los Angeles, haciéndole ganar rápidamente velocidad.

Había unos quince kilómetros hasta la ciudad.

El motor del «Ford-Cobra» rugía, poderoso, pero a Sheila no le temblaban en absoluto las manos. Manejaba el volante con seguridad y firmeza, lo que obligó a Mitch a comentar

—Es usted una excelente conductora, Sheila.

—Así es.

—Le gusta correr, ¿eh?

—Me encanta.

—Pues adelante, la carretera es suya.

Sheila aumentó aún más la velocidad, para ver si asustaba al detective privado, pero éste continuó tranquilo y sonriente, como si estuviera seguro de que el «Ford-Cobra» no podía sufrir ningún accidente.

¿Era una tranquilidad real?

¿Era sólo aparente?

Sheila se lo estaba preguntando, cuando de repente se escuchó un estallido y el «Ford-Cobra» pareció volverse loco.

¡Una de sus ruedas delanteras había reventado!

¿Pinchazo?

¿Balazo?

No podía saberse, por el momento.

Y quizá no se supiera nunca, porque a Sheila le iba a resultar muy difícil controlar el coche y evitar el accidente, que seguramente sería mortal.

Capítulo V

EL «Ford-Cobra» daba unos bandazos terribles, amenazando con salirse de la carretera, volcar o estrellarse contra alguno de los árboles que jalonaban la carretera.

Sheila Evans, dominada por el pánico, se puso a chillar histéricamente.

—¡Nos vamos a matar...!

Mitch Brocco, que pensaba lo mismo que ella, trató de evitarlo haciéndose cargo del volante.

—¡Déjeme a mí, Sheila!

La muchacha permitió que el detective privado intentara recuperar el dominio del «Ford-Cobra», aunque lo veía materialmente imposible.

Afortunadamente, no lo fue.

Y no lo fue porque Mitch era un extraordinario piloto, que se había visto más de una vez en situaciones parecidas y siempre consiguió salir airoso del trance.

En aquella ocasión también, aunque le costó más que las anteriores recuperar el control del coche. Pero finalmente, logró dominar el vehículo y detenerlo en la carretera.

Sheila estaba tan asustada que, sin darse cuenta de lo que hacía, se abrazó al detective y exclamó:

—¡Nos hemos salvado, Mitch!

Este lanzó un suspiro y rodeó el cuerpo de la muchacha, oprimiéndolo cálidamente.

—Por un pelo, Sheila, pero lo hemos conseguido.

—¡Gracias a usted! ¡Si llego a ir sola me mato! ¡Le debo la vida, Mitch!

—Ya le pasaré la factura a su padre.

Sheila se retiró ligeramente y miró al detective.

—Es usted un buen protector, no cabe duda —reconoció. —Por eso me contrató su padre.

—Y yo que no quería aceptarle...

—Rectificar es de sabios, Sheila.

—Bien, creo que ya puede soltarme, señor Brocco. El susto ha pasado.

—Todavía le tiembla el cuerpo.

—Sí, es verdad.

—Salgamos del coche. Estirar las piernas le sentará bien.

—Seguro.

Descendieron los dos del «Ford-Cobra» y Mitch observó la rueda reventada, descubriendo inmediatamente un orificio que, sin ningún género de dudas, había sido causado por una bala.

El detective se puso tenso.

—Mire esto, Sheila.

—¿El pinchazo?

—No, no fue un pinchazo.

—¿No?

—Fue un balazo.

Sheila Evans tuvo un profundo estremecimiento.

—¿Un balazo, dice?

—Nos dispararon, Sheila. Con un rifle, seguramente. Había alguien apostado cerca de la carretera, esperando que usted pasara con su «Ford-Cobra». Hizo estallar el neumático y provocó el accidente, del que salimos bien librados de puro milagro.

—¡Querían matarnos!

—A usted. Sheila. Querían matarla a usted. Larry Sorensen... o alguien enviado por él.

—¡Dios mío! —exclamó la joven, sintiendo que se le doblaban las rodillas.

Mitch, temiendo que fuera a desplomarse, se irguió y la enlazó por el tallo.

—No se me desmaye ahora, ¿eh, Sheila?

—Me encuentro mal, Mitch.

—Lo sé. Y tiene motivos para ello. Pero debe hacer un esfuerzo por sobreponerse. Vamos, inténtelo.

—Siento frío, me tiembla todo, las piernas se niegan a sostenerme...

—Si le doy un beso, seguro que reacciona.

—¿Usted cree?

—Es un remedio que nunca falla.

—Démelo, pues —pidió Sheila.

Mitch la besó en los labios, sin prisas.

Después, preguntó:

—¿Ha hecho efecto, Sheila?

—Bastante —confesó la joven, que hasta podía sonreír ya.

—Estaba seguro de que la haría reaccionar —sonrió también el detective—. Ahora, con su permiso, procederé a cambiar la rueda.

—Sí, hágalo.

Mitch la soltó, extrajo la rueda de recambio y las herramientas, y puso manos a la obra. Sheila, apoyada en el coche, vigilaba nerviosamente los alrededores, por si aparecía el autor del disparo que hiciera estallar la rueda delantera del «Ford-Cobra».

Mitch también vigilaba, aunque no lo pareciese, pero pudo acabar su tarea sin que nada sucediese.

—Ya está —dijo, recogiendo las herramientas.

—Vámonos de aquí, Mitch —apremió Sheila—. Tengo miedo.

—Tranquila, que estoy yo aquí para protegerla.

—Lo sé, pero...

Mitch guardó las herramientas y la rueda baleada, se limpió las manos con un trapo y cerró el maletero.

—Subamos al coche, Sheila. Y deje que sea yo quien maneje el volante —pidió.

—De acuerdo.

Se introdujeron en el «Ford-Cobra»; Mitch lo puso en marcha y lo hizo girar. Sheila dio un respingo y exclamó:

—¿Regresamos, Mitch?

—Sí, quiero echar un vistazo a la zona elegida por el asesino para provocar el mortal accidente.

Sheila se estremeció.

—¡Puede seguir allí, Mitch!

—Ojalá.

—¿Se alegraría?

—Mucho, porque tendría la oportunidad de atraparle y saber si es Larry Sorensen o alguien enviado por él.

—¡Volverá a dispararnos!

—Yo también voy armado, Sheila. Pero no se preocupe, no creo que el asesino continúe en ese lugar. Seguramente se largó en cuanto efectuó el disparo.

—¿Lo piensa de verdad o lo dice para tranquilizarme?

—Lo primero —respondió el detective.

—Espero que no se equivoque.

Mitch guardó silencio, porque estaban llegando al lugar en donde estallara el neumático delantero del «Ford-Cobra» al recibir el certero balazo.

El detective redujo la velocidad y detuvo el coche a un lado de la carretera. Una carretera, por cierto, en la que el tráfico era prácticamente nulo.

Mitch se llevó la mano al cinturón y empuñó su arma, un revólver calibre 38.

—Quédese en el coche, Sheila.

La muchacha lo cogió del brazo.

—Tenga cuidado, Mitch.

—No tema, no pasara nada —sonrió el detective, y salió del «Ford-Cobra».

Sheila lo vio avanzar con precaución por entre los árboles.

Y desaparecer.

Capítulo VI

ALGUNOS minutos después Mitch Brocco aparecía de nuevo.

Sheila Evans se tranquilizó al verle surgir por entre los árboles.

El detective, que ya no esgrimía su arma, alcanzó la carretera y se introdujo en el «Ford-Cobra».

—El tipo voló, Sheila. Tenía su coche oculto detrás de aquel montículo.

—¿Cómo lo sabe?

—Encontré manchas de aceite en el suelo. También encontré esto.

Sheila miró lo que le mostraba el detective.

—¿Qué es?

—Un casquillo de bala. De bala de rifle. El tipo disparó desde el montículo.

—Y no falló—murmuró Sheila.

—Tiene buena puntería, no hay duda. Sólo necesitó un disparo para lograr su objetivo. ¿Es buen tirador Larry Sorensen?

—No lo sé.

—¿Y si se lo preguntáramos?

—¿Qué?

—Me gustaría hablar con él.

—¿Con Larry?

—Sí.

—¡Está loco!

—¿Larry?

—¡Usted!

—¿Por qué lo dice?

—¡Quiere hablar con Larry! ¡Con el hombre que estuvo a punto de matarnos a los dos!

—No sabemos si disparó él personalmente o un enviado suyo. Y podríamos averiguarlo visitando a Larry Sorensen.

—¡Sería como meterse en la boca del lobo!

—Yo no le temo a ese lobo, Sheila.

—¡Pues yo sí, Mitch, porque ahora sé de lo que es capaz!

—¿No confía en mí?

—Claro que confío, pero...

—¿Dónde vive Larry?

Sheila se mordió los labios.

—Volvamos a casa, Mitch, por favor.

—Antes hablaremos con Larry.

—Le recuerdo que mi padre le contrató para que me defendiera, no para que me lleve a la guarida de ese canalla.

—Agarrar el toro por los cuernos es la mejor manera de defenderla, Sheila, créame.

La joven exhaló un suspiro.

—Está bien, vamos a casa de Larry —accedió. —Dígame dónde vive.

—490 de Franklin Street, apartamento 15-D.

—Vamos para allá —dijo Mitch, y puso en movimiento el «Ford-Cobra» de Sheila.

* * *

Mitch Brocco detuvo el coche frente al 490 de Franklin Street y paró el motor.

—Es aquí, ¿no?

—Sí —respondió Sheila Evans, visiblemente nerviosa.

—Tal vez Larry no esté en casa.

—Sí está.

—¿Cómo lo sabe?

—Su coche está ahí delante.

—¿Cuál es?

—El «Dodge» azul.

Mitch observó el vehículo de Larry Sorensen y dijo: —Debió venir directamente a su apartamento, después de reventar el neumático. Si fue él quien disparó, claro. Lo sabré cuando le interroge.

—¿Piensa golpearle? —preguntó Sheila.

—Sólo si él me obliga.

—Larry es un tipo fuerte, Mitch.

—Yo también lo soy, no se preocupe. Vamos, abajo. Salieron del «Ford-Cobra» y el detective se acercó al «Dodge» de Larry Sorensen. Echó un vistazo a su interior, a través de las ventanillas, pero no encontró nada de particular.

Sheila se acercó también.

—¿Qué busca, Mitch? ¿El fusil con el que nos dispararon?

—Hubiera sido demasiada suerte encontrarlo sobre el asiento trasero, ¿no cree? —sonrió el detective.

—Desde luego.

—Subamos al apartamento de Larry —dijo Mitch, cogiéndola

familiarmente del brazo. Penetraron en el edificio y se metieron en el ascensor, porque Larry Sorensen vivía en la cuarta planta. Una vez en ella, el detective hizo sonar el timbre del 15-D.

El nerviosismo de Sheila se había acentuado.

Mitch le vio estrujar literalmente el bolso y dijo:

—Lo va a destrozar, Sheila.

—¿Qué?

—El bolso, que se lo va a cargar.

—Estoy muy nerviosa, no puedo evitarlo —confesó la muchacha, antes de llevarse el bolso a la boca y clavarle los dientes como si se tratara de un bollo recién sacado del horno.

Mitch se disponía a hacer un comentario, pero se contuvo al ver que la puerta se abría. Sheila, instintivamente, dio un paro atrás, con los ojos clavados en el atractivo rostro de

Larry Sorensen.

Larry la miró a su vez.

Llevaba una copa en la mano derecha y casi se le cae a causa de la sorpresa.

—Sheila... —pronunció, muy bajito.

Mitch, al verle con la copa en la mano, dijo:

—Celebrando el reventón, ¿Eh?

Larry se fijó en él.

—¿Cómo dice?

—Que está celebrando el reventón de la rueda delantera del «Ford-Cobra» de Sheila y el supuesto accidente, en el que Sheila debía perder la vida. Y también yo, claro, porque iba con ella.

El rostro de Larry Sorensen denotó desconcierto.

—¿Quién es este tipo, Sheila? ¿Y de qué diablos está hablando?

—Me llamo Brocco y estoy hablando del disparo de fusil que hizo estallar el neumático delantero del coche de Sheila, cuando íbamos a más de cien por hora.

—¿Disparo de fusil?

—Sí, un certero balazo, enviado desde un montículo próximo a la carretera. Encontré el casquillo. Y las manchas de aceite dejadas por el coche del tipo que hizo uso del fusil. ¿Fue usted, Larry?

—¿Yo?

—Usted amenazó esta mañana a Sheila. Dijo que se vengaría.

Larry Sorensen compuso un gesto furioso y soltó el puño, pero Mitch Brocco, que estaba alerta, detuvo el golpe con el antebrazo izquierdo y respondió con un trallazo al mentón de su rival.

Se escuchó un chasquido y Larry salió despedido, perdiendo la copa antes de estrellarse contra el suelo y dar un par de vueltas por él.

La copa, de grueso cristal, resistió el golpe y no se rompió, pero la bebida se desparramó por el suelo.

—Entremos, Sheila —indicó Mitch, penetrando en el apartamento de Larry Sorensen. Sheila le imitó y el detective cerró la puerta.

Larry ya se estaba incorporando, rabioso.

—¡Me las vas a pagar, Brocco!

—Mejor será que confieses, Larry.

—¿Que confiese qué?

—Que disparaste contra la rueda delantera del. «Ford-Cobra»... o que lo hizo alguien enviado por ti.

—¡Bastardo! —rugió Sorensen, y se lanzó sobre el detective.

Mitch recibió un puñetazo en la barbilla, pero él golpeó por dos veces el rostro de Larry y lo envió nuevamente al suelo.

Sheila permanecía pegada a la puerta y seguía estrujando su bolso, terriblemente nerviosa.

Larry se estaba poniendo otra vez en pie.

Antes de que le atacara, Mitch lo apuntó con el dedo y dijo:

—Te conviene hablar, Larry Te ahorrarás golpes, caídas y dolores.

—¡Tú vas a recibir más golpes que yo, maldito! —ladró Sorensen, y se lanzó de nuevo sobre el detective.

Mitch lo frenó con un golpe de derecha, propinado en la cara, pero cuando se disponía a incrustarle el puño zurdo en el hígado Larry reaccionó con celeridad y lo tumbó de un potente rechazazo a la mandíbula.

—¡Mitch! —exclamó Sheila al ver en el suelo al detective.

Brocco hizo ademán de levantarse, pero Sorensen se arrojó sobre él como una fiera.

—¡Te voy a destrozar, fante!

Mitch vio que el puño de Larry caía sobre su cara como un martillo pilón y la apartó con rapidez, burlando el golpe.

Larry aulló cuando su puño se estrelló contra el suelo, porque faltó poco para que se partiera la muñeca.

Mitch, naturalmente, aprovechó la circunstancia para conectar un zurdazo al rostro de su rival y quitárselo de encima, lo que le permitió recuperar la vertical.

Larry no se levantó.

Le dolía demasiado la muñeca derecha.

Mitch volvió a apuntarle con el dedo.

—¿Hablarás ahora, Larry?

—¡Vete al infierno, maldito! —relinchó Sorensen.

—Allí irás a parar tú como no te olvides de Sheila, porque no dejaré que la mates. Ni tú, ni nadie pagado por ti. La voy a proteger día y

noche.

—¡Yo no deseo que Sheila muera, Brocco!

—La amenazaste.

—¡Pero no de muerte!

—Pues el accidente hubiera sido mortal, de no haber logrado yo controlar el coche.

—¡Yo no sé nada de eso! ¡No disparé sobre la rueda delantera del «Ford-Cobra» ni envié a nadie para que lo hiciera!

—Mientes.

—¡Es la verdad, lo juro!

—No te creo, Larry Y Sheila tampoco.

—Desde luego que no —habló la joven.

Larry la miró fijamente.

—¿De verdad me crees capaz de asesinarte, Sheila?

—Sí, para vengarte.

—¡Deseaba vengarme, es cierto, pero no así! ¡El asesinato no pasó en ningún momento por mi cabeza, te lo aseguro!

Mitch tomó la palabra de nuevo:

—¿Qué pensabas hacerle, Larry?

Sorensen, tras unos segundos de silencio, respondió:

—Asaltarla. Sorprenderla cualquier día y...

—Continúa, Larry.

—Tenía intención de abusar de ella. De golpearla, de maltratarla, de humillarla...

Sheila tuvo un claro estremecimiento.

—¡Eres un cerdo, Larry!

—Puede que sí. ¡Pero no soy un asesino!

—También eres eso, Larry —dijo Mitch.

—¡No, maldita sea! —siguió negando Sorensen—. ¡Odio a Sheila, por lo que me dijo y por lo que me hizo, pero sería incapaz de matarla!

—Lo intentarás de nuevo, lo sé. Tú o alguien pagado por ti. Pero lo intente quien lo intente, fracasará, porque yo estaré allí para defender a Sheila. No lo olvides, Larry Sorensen apretó los dientes con rabia, pero no insistió en su inocencia.

Mitch cogió del brazo a Sheila.

—Vámonos. Ver a este gusano me produce náuseas —rezongó.

—Y a mí —dijo la muchacha.

Mitch abrió la puerta, y él y Sheila abandonaron el apartamento de Larry Sorensen.

Capítulo VII

MIENTRAS descendían en el ascensor, Mitch Brocco se llevó la mano a la mandíbula. —Larry pega duro —masculló.

—Usted también, Mitch —dijo Sheila Evans—, Pudo con él.

—Le vencí, es cierto. Pero seguimos sin saber si efectuó Larry el disparo con el rifle o lo hizo alguien enviado por él.

—Larry niega ambas cosas, ya lo oyó.

—Es natural. Pero nosotros sabemos que es el responsable de lo que pasó. ¿Vio la cara que puso cuando abrió la puerta?

—Sí.

—La daba ya por muerta.

—Seguro.

El ascensor llegó abajo y Mitch y Sheila salieron de él, cruzaron el portal y se introdujeron en el «Ford-Cobra». Antes de ponerlo en movimiento el detective dijo:

—Amenacé a Larry para ver si conseguía meterle el miedo en el cuerpo y que se olvidara de usted, Sheila, pero me temo que no lo logré.

—Pienso lo mismo. Larry no se resignará, volverá a intentarlo.

—Peor para él.

—O para mí, porque si la cosa le sale bien me veo ya en el cementerio.

Mitch le cogió la mano y se la oprimió.

—Larry no lograra su objetivo, se lo aseguro. Yo lo impediré.

—Le quedará muy agradecida.

—¿Cómo se siente, Sheila?

—En este momento, bien. ¿Por qué lo pregunta?

—Por darle otro beso.

—¿Sólo besa usted a las mujeres que se sienten mal, Mitch?

—No, la verdad es que beso a todas las que me gustan —respondió el detective, y unió su boca a la de ella.

Sheila se dejó besar.

Después, Mitch preguntó:

—¿Realizamos las compras o volvemos a casa?

—No me siento con ánimos de comprar nada —confesó Sheila.

—A casa, entonces —dijo el detective, y puso el coche en marcha.

Harold Evans había palidecido visiblemente.

Acababa de ser informado de lo sucedido por Sheila y por Mitch.

—Ya le dije que Larry Sorensen era capaz de cualquier cosa, señor Brocco —recordó—. Hasta de asesinar a Sheila.

—No se equivocó usted, señor Evans. Ese tipo es un mal bicho.

—Lo intentará de nuevo, estoy seguro.

—Yo también. Pero volverá a fracasar, porque estaré alerta en todo momento y no le dejaré acabar con Sheila. Tendría que pasar por encima de mi cadáver. Y yo soy un hueso duro de roer, señor Evans.

Harold sonrió ligeramente.

—Hice bien en contratarle, ¿verdad, Sheila?

—Desde luego —asintió la muchacha—. Yo no quería su protección, pero ahora reconozco que hubiera sido un error rechazarle. Si llego a ir sola en el coche en estos momentos sería cadáver. Mitch me salvó la vida.

—¿Ya no está a título de prueba, entonces?

—Por supuesto que no. Me quedo con él, papá —sonrió Sheila mirando al detective. —No se arrepentirá —aseguró Mitch mirándola a su vez.

—Supe elegir, no hay duda —dijo Harold profundamente satisfecho.

Después de cenar, Mitch y Sheila salieron al jardín a tomar un poco el fresco. El detective extrajo sus cigarrillos y se los ofreció a la joven.

—¿Le apetece fumar, Sheila?

—Sí, gracias —respondió ella, cogiendo un cigarrillo.

Mitch esperó a que se lo llevara a los labios y entonces accionó su encendedor de gas, acercando la llama al extremo del cigarrillo.

Sheila lo encendió y expulsó el humo, siendo imitada por el detective.

—Hace una noche espléndida, ¿verdad, Mitch?

—Sí.

—Lástima que tengamos problemas.

—Se solucionarán pronto, ya verá.

—¿Usted cree?

—Estoy seguro. Larry Sorensen debe sentirse furioso, por su fallo y por los golpes que le di, y no tardará en actuar de nuevo. Quizás esta misma noche.

Sheila respingó.

—¿Le cree capaz de intentar asesinarme en mi propia casa?

—Bueno, no cabe duda que sería más arriesgado para él, o para el tipo que actúa en su nombre, pero no me sorprendería en absoluto que se atreviese a llegar hasta aquí.

Sheila lo agarró del brazo.

—¡No me asuste, Mitch!

—No tiene por qué asustarse, Sheila. Puede usted dormir tranquila, porque yo estaré de vigilancia toda la noche. Si Larry Sorensen, o cualquier otro hombre, se aproxima a la casa, lo descubriré y lo atraparé.

—Aun así, no creo que pueda pegar ojo esta noche

—Si hace eso es que no confía totalmente en mí.

Sheila se mordió el labio inferior.

—Perdóneme, Mitch.

—La perdonaré por la mañana, cuando me haya informado de que durmió toda la noche a pierna suelta. Si no es así no habrá perdón.

Sheila sonrió.

—Haré todo lo posible por conciliar el sueño, se lo prometo.

—Seguro que lo consigue —dijo Mitch, y se dispuso a besarla en los labios.

Casi los rozaba ya con los suyos, cuando algo destelló a lo lejos, entre los árboles.

Podía ser cualquier cosa, pero en lo primero que pensó Mitch fue en el cañón de un rifle. Y era lógico que pensara en ello después de lo ocurrido aquella tarde.

Sin dudarle un segundo empujó a Sheila y la hizo caer, cayendo él también sobre ella.

La acción del detective no pudo resultar más oportuna, ya que justo en aquel momento sonaba un disparo y la bala pasaba silbando agudamente por encima de los cuerpos de Mitch y Sheila.

La muchacha, que no entendía por qué el detective la había derribado de una manera tan brusca, lo comprendió al oír el estampido y gritó:

—¡Nos disparan, Mitch!

—¡Eso parece!

—¡Es el asesino!

—¡Naturalmente! ¡No iba a ser el cobrador del gas!

Sonaron otros dos disparos, muy seguidos, pero las balas no alcanzaron su objetivo. Mitch, que protegía con su cuerpo a Sheila, extrajo su revólver y envió tres balas hacia los árboles, prácticamente sin apuntar. Daba la mismo, porque la distancia era excesiva para un revólver y además las sombras de la noche favorecían al asesino.

De algo sirvió, sin embargo, porque el tipo dejó de disparar.

Mitch adivinó que el asesino se daba a la fuga e indicó:

—¡No se mueva, Sheila! ¡Siga pegada al suelo!

—¿Qué va a hacer, Mitch?

—¡Intentaré atrapar al asesino!

—¡No vaya en su busca, Mitch! ¡Es muy peligroso!

—¡No tema!

—¡Mitch! —gritó Sheila tratando de retener al detective pero no lo consiguió.

Mitch Brocco se había puesto en pie de un salto y ya corría en pos del asesino, encogido, por si el tipo le disparaba con su rifle. Saltó la valla del jardín, que tenía poca altura, y fue hacia los árboles.

De pronto se escuchó el motor de un coche.

El del asesino.

Mitch maldijo hacia sus adentros y corrió aún más rápido, sin ninguna precaución ya, porque estaba claro que el tipo del rifle huía.

Llegó a tiempo de ver el coche del asesino alejándose a toda prisa del lugar. Disparó contra sus ruedas, pero la distancia era mucha y además era de noche, lo que aumentaba la dificultad de dar en el blanco.

Mitch falló los disparos, pero no lo lamentó demasiado, porque su intento de atrapar al asesino no había resultado totalmente infructuoso.

Había visto su coche.

Era un «Dodge».

Un «Dodge» azul.

Y Larry Sorensen tenía un «Dodge» azul.

No había encontrado a nadie para asesinar a Sheila, quería hacerlo personalmente. Mitch regresó a la casa, saltó nuevamente la valla y se reunió con Sheila, que seguía sola en el jardín, porque ni su padre ni la doncella habían oído los disparos.

El detective la cogió de la mano y tiró de ella.

—¡Vamos, Sheila!

—¿Adónde?

—¡A casa de Larry! ¡Él fue quien disparó sobre la rueda delantera del «Ford-Cobra» y quien nos disparó hace unos minutos! ¡Pude ver su coche cuando huía! —explicó Mitch mientras sacaba a Sheila del jardín.

Capítulo VIII

EL «Ford-Cobra» de Sheila Evans rodaba ya por la carretera, a gran velocidad. No lo conducía ella, sino Mitch Brocco.

—¿Es que quiere alcanzar el «Dodge» de Larry? —preguntó la muchacha, tras la última curva tomada por el detective de una forma realmente escalofriante.

Mitch sonrió.

—¡Se hará lo que se pueda!

—¡Nos lleva demasiada ventaja, y usted lo sabe!

—¡Cierto, pero me urge llegar al apartamento de Larry! ¡Tengo muchas ganas de atraparlo!

—¿Cómo sabe que se dirige hacia allí?

—¡Es lo más lógico, Sheila! ¡Después de su fallo no volverá a intentar acabar con usted esta noche! ¡Sabe que estamos alertados y así le resultaría muy difícil!

—¿Cree que hubiera acertado, de no haberme derribado usted tan oportunamente?

—¡Lo más probable!

—¡Me salvó de nuevo la vida, entonces!

—¡Así es!

—¡Le debo un beso, Mitch!

—¡Se lo recordaré en su momento, no lo dude!

Rieron los dos, pero Mitch lo hizo sin descuidar la conducción del «Ford-Cobra, porque a aquella velocidad el menor descuido podía resultar fatal.

El «Dodge» de Larry Sorensen también debía de correr lo suyo, pues a pesar de la velocidad que desarrollaba el «Ford-Cobra» no pudo darle alcance.

Cuando Mitch y Sheila vieron el «Dodge» azul de Larry Sorensen, el vehículo se hallaba ya estacionado frente al 490 de Franklin Street.

El detective estacionó también el «Ford-Cobra», detrás del coche de Larry, y extrajo su revólver.

—Tengo que recargar el arma. Gasté todas las balas.

Sheila no dijo nada.

Estaba muy nerviosa.

Más aún que la otra vez.

Mitch recargó su revólver con rapidez y lo devolvió a la funda que llevaba acoplada al cinturón.

—Vamos, Sheila.

La joven vaciló.

El detective, dándose cuenta de ello, preguntó:

—¿Prefiere quedarse en el coche?

—Me asusta lo que pueda ocurrir arriba, pero creo que voy a subir con usted, Mitch.

—Si tiene miedo aguarde aquí.

—No, no quiero quedarme sola.

—Como prefiera.

Descendieron los dos del coche y penetraron en el edificio, yendo directamente hacia el ascensor. Se introdujeron en él y subieron a la cuarta planta.

Cuando salieron del ascensor Mitch esgrimía de nuevo su revólver.

Fueron hacia el apartamento 15-D.

Mitch pegó su oído a la puerta y lo mantuvo así casi un minuto.

Después retiró su oreja de la hoja de madera y murmuró:

—No se oye nada.

—Se había acostado ya —pensó Sheila.

—No, no lo creo. No debe de llevar más de cinco minutos en casa. Y debe de estar rabioso, por su segundo fallo. Cuando uno se siente así se sirve un buen trago de whisky, no se mete en la cama. Además, es pronto para irse a dormir.

—Eso es verdad.

—Si no estuviera echado el cerrojo... —murmuró el detective, y probó a abrir. Sorprendentemente para él, el cerrojo no estaba echado.

La puerta se había abierto un par de centímetros.

Mitch miró a Sheila.

—Podemos entrar —dijo, en voz baja—. Lo haré yo en primer lugar, Sheila.

—De acuerdo —susurró la joven, y se llevó el bolso a la boca para morderlo.

Mitch empujó suavemente la puerta y asomó la cabeza por el hueco.

Las luces estaban encendidas, pero no vio a Larry Sorensen.

El detective empujó la puerta un poco más y se coló en el apartamento. Con el gesto, indicó a Sheila que entrara también.

La muchacha obedeció y Mitch cerró la puerta con suavidad.

De nuevo con el gesto, el detective le dijo a Sheila que se quedara allí, junto a la puerta, quieta y callada. Después, y con el revólver firmemente empuñado, Mitch se adentró en el apartamento, ahogando

sus pisadas.

El silencio era absoluto.

Extraño.

Sospechoso.

Mitch, desde luego, no se fiaba un pelo y avanzaba con todos los sentidos alerta.

La puerta del dormitorio de Larry se hallaba entornada y se veía luz en la habitación. Mitch lo alcanzó, se pegó a la pared y abrió de golpe, apuntando inmediatamente hacia el interior de la habitación con su arma.

No hacía falta, porque Larry Sorensen yacía de bruces en el suelo, sobre un gran charco de sangre, lo que daba a entender que estaba muerto.

Y así era.

* * *

Mitch Brocco no podía creer lo que sus ojos estaban viendo.

La sorpresa era tan grande que tardó casi un minuto en reaccionar.

—¡Sheila! —llamó.

La joven respingó junto a la puerta, porque la voz del detective había sonado como un latigazo.

—¿Sí, Mitch? —respondió, haciendo un simpático gallo con la voz.

—¡Venga enseguida!

Sheila corrió hacia el dormitorio de Larry Sorensen.

—¿Qué ocurre, Mitch?

El detective, que ya se hallaba en el interior de la habitación observando de cerca el cadáver de Larry Sorensen, informó:

—¡Larry está muerto!

Sheila se quedó clavada en el umbral del dormitorio.

—¿Muerto? —exclamó, con ojos dilatados.

—Sí, se lo han cargado.

—¿Quién?

—El asesino.

Sheila abrió la boca cómicamente.

—¿El asesino?

—Sí, él disparó sobre Larry Le alojó tres balas en el pecho. A bocajarro, según parece —rezongó el detective, que había puesto el cadáver boca arriba.

Sheila, cada vez más desconcertada, recordó:

—¿Pero el asesino no era Larry?

—No, estábamos equivocados.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque el cuerpo de Larry está frío. Lleva muerto más de una hora. Tal vez dos. Y si Larry estaba muerto cuando intentaron acabar con nosotros en el jardín, es obvio que no era él quien manejaba el rifle —explicó Mitch.

Capítulo IX

SHEILA Evans se volvió, para no seguir contemplando el cuerpo sin vida de Larry Sorensen, pero continuaba dominada por la perplejidad y el desconcierto.

Mitch Brocco volvió a dejar el cadáver como estaba, es decir, boca abajo, sobre el charco de sangre, y se irguió. Se hallaba tan desconcertado como Sheila, pues en ningún momento había dudado de la culpabilidad de Larry Sorensen, ni siquiera cuando éste negó que hubiera disparado contra una de las ruedas delanteras del «Ford-Cobra» o que hubiera enviado a alguien para hacerlo.

El detective salió de la habitación, entornó la puerta y cogió del brazo a la hija de Harold Evans.

—Salgamos de aquí, Sheila. No quiero que me culpen del asesinato de Larry Sorensen.

Ella le miró, extrañada.

—¿A usted?

—La policía es muy desconfiada y sospecha del primero que encuentra. Nosotros estuvimos esta tarde aquí, Larry y yo peleamos, le acusé de haber intentado asesinarla a usted, personalmente o por medio de un enviado suyo... Si la policía averigua todo eso tendré muchos problemas, porque para ellos será el sospechoso número uno.

—Dios mío...

Mitch la llevaba ya hacia la puerta.

Antes de abandonar el apartamento, el detective borró con su pañuelo las huellas que hubiera podido dejar en el pomo de la puerta y en el cerrojo.

Después fueron rápidamente hacia el ascensor, se metieron en él y Mitch pulsó el botón de bajada. No cambiaron una sola palabra mientras descendían, pero ambos seguían pensando en lo sucedido y tratando de encontrar una explicación lógica.

Llegaron abajo, salieron del ascensor, ganaron la calle con prontitud y se introdujeron en el «Ford-Cobra», aunque el detective no lo puso en marcha.

Miró el «Dodge» azul de Larry Sorensen.

También Sheila.

Y fue ésta la que recordó:

—¿No dijo usted que vio el coche de Larry, cuando huía?

—Sí —respondió Mitch.

—Se equivocó, pues.

—Puede que no.

—Mitch, si Larry estaba muerto no pudo coger su coche y llevarlo hasta las proximidades de mi casa.

—Ya sé que no. Pero pudo cogerlo el asesino, después de liquidar a Larry.

—¿Y para qué iba a coger el asesino el «Dodge» de Larry? ¡Seguro que el tipo tiene coche propio!

—Por supuesto.

—¿Entonces?

—No lo sé, Sheila. Lo que sí sé es que el tipo que nos disparó cuando estábamos en el jardín huyó en un «Dodge» azul. Puede, que fuera el de Larry o puede que no. Tal vez el asesino tenga un coche parecido al de Larry Claro que eso sería mucha casualidad. Y yo no creo mucho en las casualidades.

Sheila se llevó las manos a las sienes.

—No entiendo nada, Mitch. Y me empieza a doler la cabeza de tanto pensar.

—Una cosa ha quedado clara. Larry Sorensen quería vengarse de usted, como él mismo confesó, pero no asesinarla. El que quiere acabar con usted es otro. Y ahora vienen las preguntas. ¿Quién? ¿Por qué? Larry Sorensen tenía un motivo para desear vengarse: lo sucedido esta mañana. ¿Quién más puede tener algún motivo para desear matarla, Sheila?

—Nadie.

—¿Está segura?

—Sí.

—No se suele asesinar a alguien sin motivo, Sheila. Cuando una persona mata a otra es porque la odia y desea vengarse. O porque espera beneficiarse de alguna manera con su muerte.

—Que yo sepa, a mí sólo me odiaba Larry Y desde esta mañana, por lo que pasó, no antes. En cuanto a lo de beneficiarse con mi muerte, puede descartarlo también, porque mi ingreso en el cementerio no beneficiaría a nadie.

—Su padre es un hombre rico, Sheila.

—¿Y qué?

—Pues que cuando él muera usted heredará todo su dinero, porque es su única hija.

—Mi padre aún no ha cumplido los cincuenta, Mitch. Y es un tipo muy sano. Aún le quedan muchos años de vida.

—Usted es mucho más joven que él y también está sana como una manzana. Sin embargo hoy ha estado a punto de morir. Y por dos veces.

Sheila se quedó mirándolo.

—¿Qué quiere decir?

—Pues que si la razón de los atentados fuera el dinero de su padre él también los sufriría, una vez muerta y enterrada usted, su única hija. Siempre y cuando, claro, exista alguna persona que tenga derecho a la herencia en el caso de que usted no se encuentre en el mundo de los vivos cuando fallezca su padre. ¿Me entiende, Sheila?

La joven, que se había estremecido perceptiblemente, musitó:

—Sí.

—¿Existe algún otro heredero, Sheila?

—Sí.

—¿Quién?

—Tía Evelyn.

—¿Una hermana de su padre?

—No, de mi madre.

—Hábleme de ella, se lo ruego.

—Mitch, no creo que tía Evelyn...

—No importa lo que usted crea, Sheila. Vamos, hábleme de su tía — insistió el detective.

—Está bien. Tía Evelyn tiene actualmente cuarenta años de edad, cuatro menos de los que tendría mi madre, si viviera.

—¿Cuánto hace que murió su madre, Sheila?

—Cinco años.

—Falleció muy joven, pues.

—Sí, aún no había cumplido los cuarenta. Se llamaba Sarah y era una mujer bella, sumamente cariñosa con mi padre y conmigo. Los dos sufrimos mucho con su muerte. —¿De qué falleció?

—Padecía una grave dolencia cardíaca.

—Pobre mujer. Siga hablándome de la hermana de su madre, Sheila —pidió el detective. —Tía Evelyn también es una mujer atractiva, pero no tuvo suerte en su matrimonio. —¿Qué pasó?

—Se casó con un tal Ken Harper, pero al año justo ya se habían divorciado. No se llevaban nada bien, así que hicieron lo que debían rompiendo su matrimonio. Tía Evelyn recuperó su apellido de soltera, que es Fosley, y con él continúa, porque no se ha vuelto a casar. Dice que quedó escarmentada y no quiere saber nada de matrimonios. Sale de vez en cuando con algún hombre, lo pasa bien y ahí acaba todo.

—¿La ve usted a menudo, Sheila?

—No, la verdad es que nos vemos muy de tarde en tarde. Tía Evelyn no suele venir por casa, así que tengo que ir yo a la suya, lo cual no

complace demasiado a mi padre.

—¿Por qué?

—No le gusta la clase de vida que lleva tía Evelyn. Eso de que salga con hombres sólo por divertirse, sin desear una relación seria y formal con ninguno, que pueda llevarla de nuevo al matrimonio...

—¿Usted qué opina, Sheila?

—Tampoco me gusta demasiado, la verdad. Tía Evelyn es una mujer hermosa, ya lo dije antes. Podía hacer feliz a un hombre. Y ser feliz ella también. Que no saliera bien su primer matrimonio no quiere decir que todos los matrimonios resulten mal, ¿no cree?

—Estoy completamente de acuerdo —sonrió ligeramente el detective.

Sheila suspiró.

—Bien, ya le he dicho todo lo que sé de tía Evelyn, Mitch.

—Una pregunta. ¿Se conocían Larry Sorensen y su tía, Sheila?

La muchacha agrandó los ojos.

—¿Conocerse Larry y tía Evelyn?

—Sí.

—¿Por qué me hace una pregunta tan disparatada?

—Recuerde que el asesino se cargó a Larry Sorensen, lo que viene a demostrar que existía algún tipo de relación entre ellos. Y le diré algo más, Sheila. No creo que sea casualidad que el asesino haya intentado acabar con usted el mismo día que Larry la amenazó. Ya sabe que yo no suelo creer en las casualidades, así que más me inclino a pensar que Larry le contó a alguien lo que había pasado esta mañana entre usted y él. Y ese alguien decidió aprovechar la amenaza de Larry para intentar asesinarla, diciéndose que, si algo salía mal, las sospechas recaerían sobre Larry Sorensen. Como de hecho sucedió.

—¿Y por qué mató el asesino a Larry, si realmente deseaba utilizarlo como sospechoso? —repuso la joven.

Mitch se mesó el cabello.

—Buena pregunta, Sheila.

—No tiene respuesta para ella, ¿verdad?

—Sinceramente, no. A no ser que...

—Hable...

—Bueno, estaba pensando que, tras nuestra visita a Larry, éste volvió a hablar con la persona a la que le contara lo sucedido esta mañana, le informó de lo ocurrido esta tarde en la carretera y de nuestras sospechas, y la persona en cuestión, al oír que el atentado había fracasado, dijo algo que hizo sospechar a Larry que lo del disparo a la rueda delantera del «Ford-Cobra» había sido cosa suya. Y el asesino, al verse descubierto, no tuvo más remedio que liquidar a Larry para que no pudiera delatarle. —Interesante teoría —murmuró Sheila.

—Habrá que hablar con t a Evelyn —dijo el detective.

— Ella no conocía a Larry, Mitch!

—No importa. Insisto en hablar con su tía. Aunque sólo sea porque heredar a todo el dinero de su padre si usted y él muriesen —dijo Mitch, y puso el «Ford-Cobra» en funcionamiento.

Capítulo X

ANTES de dejar Franklin Street, Mitch Brocco preguntó:

—¿Dónde vive su tía, Sheila?

—No se lo pienso decir —gruñó la hija de Harold Evans.

Mitch detuvo el «Ford-Cobra» con brusquedad y la miró seriamente.

—Sheila, por favor. Está en juego su vida. Y también la mía, por ser su protector. Y si nosotros caemos caerá también su padre, ya se lo expliqué.

—Eso último es sólo una teoría, Mitch. Una teoría suya que yo rechazo de plano, porque sé que tía Evelyn no es capaz de contratar a un asesino para que me liquide primero a mí y luego a mi padre. ¿O piensa usted que disparó ella personalmente sobre la rueda delantera de mi coche, con un rifle, y luego contra nosotros, cuando nos encontrábamos en el jardín?

El detective meneó la cabeza.

—No, estoy seguro de que ella no manejaba el rifle. Pero sí pudo, como usted misma ha dicho, contratar a un asesino para que realizara el «trabajo».

—¡No puedo pensar eso de mi tía, Mitch! ¡Y me duele que lo piense usted!

—Yo no la estoy acusando, Sheila. Me he limitado a señalar que resultaría beneficiada con su muerte y con la de su padre, porque lo heredaría todo. Tiene, por tanto, un motivo. Y es la única persona que lo tiene, porque Larry Sorensen, que también lo tenía, está muerto.

—¡Le repito que tía Evelyn es incapaz de planear mi muerte y la de mi padre, Mitch! —Sólo quiero hablar con ella, Sheila. Saber si tenía alguna relación con Larry Sorensen.

—¡No se conocían, ya se lo he dicho!

—¿Cómo lo sabe usted? ¿Le preguntó alguna vez a Larry si conocía a su tía Evelyn?

—No, pero...

—¿Se lo preguntó a su tía?

—No.

—¿Cómo puede afirmar, entonces, que no existía ninguna relación entre ellos?

—¡Estoy segura! ¡Larry me lo hubiera dicho!

—Tal vez no le convenía.

—¿Por qué?

—Si su relación con tía Evelyn era, o había sido, íntima...

Sheila abrió mucho los ojos.

—¿Se refiere a?

—Según usted, Evelyn Fosley es una mujer hermosa y atractiva. Y Larry Sorensen era un tipo fuerte y apuesto. No es tan descabellado, pues, pensar que se hayan acostado juntos alguna vez. O varias. Con la clase de vida que lleva su tía Evelyn, yo lo veo muy posible.

—¡Pues yo no! ¡A mí se me antoja un disparate!

—¿Por qué?

—¡Tía Evelyn tiene cuarenta años! ¡Y Larry sólo tenía veintisiete!

—No es tanta la diferencia. Yo tengo veintinueve años, y si una cuarentona guapa y bien formada se me insinúa, me la llevo a la cama sin dudar.

—¿De veras?

—Sí.

—Olvídese de que le debo un beso, pues. No me gustan los tipos que se acuestan con cuarentonas.

Mitch rió y le pasó el brazo por los hombros.

—No se enfade, Sheila. La verdad es que las prefiero de veintitantos años.

—Eso lo dice ahora, para congraciarse conmigo.

—De veras que no.

—No me acerque la cara, que no pienso dejarme besar.

—Lo prometido es deuda, Sheila.

—Si me besa le tiraré del pelo, se lo advierto.

—No me hará ningún daño, por muy fuerte que tire.

—¿Por qué?

—Llevo bisoné —dijo Mitch, y la besó.

Sheila, perpleja por lo del bisoné, se dejó besar.

Algunos segundos después, sin embargo, alzaba la mano y la posaba sobre la cabeza del detective privado. Le tanteó el pelo y luego tiró de él.

Mitch separó su boca de la de ella y arrugó la cara.

—¡Ay!

Sheila, sin soltarle el pelo, sonrió y exclamó:

—Conque bisoné, ¿eh?

—¡Era sólo una broma, Sheila!

—Debería dejarle calvo de verdad, por besarme sin mi consentimiento.

—La culpa la tiene usted.

—¿Yo?

—Sí, por ser tan hermosa. Nunca me había gustado tanto una mujer.

—Adulador.

—Que me muera de repente si miento.

—¡No, eso no! ¡Me quedaría sin protector!

Mitch rió y la besó de nuevo.

Pudo hacerlo perfectamente, porque Sheila ya le había soltado el pelo. Ella, además, le devolvió el beso, demostrándole que ya no estaba enfadada.

Después se miraron a los ojos.

—Cómo me alegro de haber aceptado este caso —confesó Mitch.

—¿Por qué?

—Entre otras cosas, porque me proporcionará fama y prestigio si lo soluciono, ya que se trata de un caso difícil.

—Estoy segura de que lo conseguirá.

—Necesito hablar con su tía, Sheila.

—Pienso que perderá el tiempo, pero le llevaré a su casa. No quiero que diga que entorpezco su investigación.

—Gracias.

—Vive en el 910 de Cranston Avenue.

—Otro beso y vamos enseguida para allá.

—Sólo le debía uno, Mitch.

—Arránqueme el bisoñé, si quiere —sonrió el detective, y volvió a besarla.

* * *

El «Ford-Cobra» acababa de detenerse frente a la casa de Evelyn Fosley. Una casa bonita, moderna, de dos plantas, con jardín y césped, cercada por una valla de madera, baja y pintada de blanco.

—Es aquí, ¿no? —dijo Mitch.

—Sí —respondió Sheila.

—Hay luz en la casa, lo que demuestra que Evelyn se encuentra en ella.

—Efectivamente.

—Bien, vamos a hablar con ella.

Sheila lo cogió del brazo.

—Un momento, Mitch.

—¿Qué ocurre?

—Quiero que me prometa que no acusará a tía Evelyn. Sería terriblemente violento para mí. Y ella no me lo perdonaría nunca.

Mitch, tras unos segundos de meditación, dio una cabezada de asentimiento.

—Está bien, no la acusaré.

—Gracias.

Descendieron del «Ford-Cobra» y caminaron hacia la puerta de la casa. Fue Sheila la que oprimió el timbre.

Medio minuto después la puerta se abría y Evelyn Fosley se dejaba ver, envuelta en una delgada bata que dibujaba sus rotundas formas.

A Mitch casi se le escapa un silbido, porque la tía de Sheila, pese a haber cumplido ya los cuarenta años, seguía siendo una verdadera tentación.

Evelyn Fosley denotó sorpresa al ver a su sobrina.

—¡Sheila!

—Hola, tía Evelyn —sonrió la muchacha, esforzándose por disimular su nerviosismo.

—¿Cómo tú por aquí, a estas horas?

—Sé que es un poco tarde para hacer visitas, pero...

Evelyn se fijó en Mitch.

—¿Quién es, Sheila?

—Mitch Brocco, un amigo mío.

—Detective privado, de profesión —añadió Mitch, para ver cómo reaccionaba la tía de Sheila.

Evelyn Fosley respingó.

—¿Detective privado?

—Sí, contratado por el señor Evans para evitar que maten a Sheila.

—¿Qué...?

—Lo han intentado ya dos veces, pero el asesino fracasó.

Evelyn Fosley boqueó.

—¿De qué está hablando tu amigo, Sheila?

—Es la verdad, tía Evelyn. Alguien se ha empeñado en enviarme al cementerio antes de tiempo. He sufrido ya dos atentados y salí bien librada de milagro. Mitch me salvó la vida en ambas ocasiones.

—¡Qué horror!

—De eso hemos venido a hablarte, tía Evelyn.

—Pasad, por favor. Y contádmelo todo.

Sheila y Mitch entraron en la casa.

Evelyn cerró la puerta y los hizo pasar al living, en donde se sentaron los tres. Mitch y Sheila, en el sofá; Evelyn, en un sillón.

La bata de la exuberante cuarentona se abrió por abajo y sus hermosas piernas quedaron al descubierto, pero ella pareció no darse cuenta... o no darle importancia. Mitch apostó por lo segundo, mientras echaba una ojeada a los formidables remos de tía Evelyn. Sheila se

percató de ello y sintió deseos de arrearle con el codo, pero se contuvo.

—Contadme, Sheila —rogó Evelyn.

La muchacha fue a hablar, pero Mitch se le anticipó:

—Antes me gustaría hacerle una pregunta, Evelyn.

—Adelante, Mitch.

—¿Conoce usted a un tal Larry Sorensen?

—¿Larry qué...?

—Sorensen; Larry Sorensen.

Evelyn Fosley movió la cabeza.

—No, no conozco a nadie que se llame así.

—¿Está segura?

—Desde luego. ¿Por qué me lo pregunta, Mitch?

—Era un amigo de Sheila. Un pretendiente, para ser exactos. Y digo «era» porque ya no existe. Se lo han cargado.

—¿Qué...?

—Esta misma tarde. Le dispararon tres tiros desde muy cerca, en su propio apartamento. Y fue cosa de la persona que tanto interés tiene en liquidar a Sheila. Por lo visto, Larry y esa persona se conocían, él sospechó lo que estaba pasando, y eso le costó la vida.

—¡Qué espanto!

—Le he hablado de Larry Sorensen porque todo empezó a raíz del incidente que Sheila y él tuvieron esta mañana. Cuénteselo, Sheila —indicó el detective.

La muchacha se lo refirió.

También le habló del primer atentado, de la visita a Larry Sorensen, del segundo atentado y de la nueva visita a Larry, en la que lo hallaron muerto desde hacía una o dos horas.

Evelyn la escuchó con mucha atención, pero Mitch, muy pendiente de ella, pudo comprobar que en ningún momento mostraba ese nerviosismo que suele delatar a los culpables.

O era inocente... o sabía controlarse muy bien.

Cuando Sheila concluyó, Evelyn se puso en pie y dijo:

—Necesito un trago, después de oír lo que he oído. Y creo que vosotros también. ¿Me equivoco?

—No —respondió Mitch, con una ligera sonrisa.

Evelyn se acercó al mueble-bar, preparó tres copas y regresó con ellas. Después de ofrecer a Mitch y Sheila las suyas, propuso:

—Brindemos por la pronta detención del asesino.

—De acuerdo —respondió el detective—. Pero antes haga un intercambio de copas con Sheila, Evelyn —pidió, cuando ya la deseable cuarentona se llevaba la suya a los labios.

Capítulo XI

EVELYN Fosley se quedó muy quieta.

—¿Que haga qué...? —preguntó, con cara de no comprender.

—Un intercambio de copas con Sheila —repitió Mitch Brocco—. Usted bebe de la copa de Sheila, y ella de la suya.

—¡Mitch! —exclamó Sheila Evans, censurándole con la mirada.

—Silencio, Sheila —rogó el detective.

—¡Me prometió usted que...!

—Por favor, cállese. Es Evelyn la que debe hablar.

Evelyn Fosley, que se había vuelto a sentar en el sillón, seguía con cara de desconcierto.

—No entiendo nada. ¿Qué está pasando aquí? ¿Por qué he de beber en la copa de Sheila, y ella en la mía?

—Un capricho mío —respondió Mitch.

—¿No será que es usted supersticioso?

—Lo adivinó.

—Parece mentira.

—Me avergüenzo de ello, créame, pero no puedo remediarlo. Si no coge usted la copa de Sheila, y ella la suya, me voy a poner malo.

Evelyn apretó los labios.

—Creo que me está usted tomando el pelo, Mitch.

—Le aseguro que no.

—Está bien. Dame tu copa, Sheila —gruñó la atractiva cuarentona, ofreciéndole la suya. Sheila miró con dureza al detective.

—Esto no se lo perdonaré nunca, Mitch.

—Obedezca —pidió él.

Sheila aceptó la copa de su tía y le entregó la suya.

Al cogerla, con cierta brusquedad, Evelyn no sujetó bien la copa y ésta escapó de su mano, cayendo al suelo.

La copa se rompió y su contenido se esparció velozmente por el suelo.

—¡Maldita sea! —exclamó Evelyn, como muy enfadada—. ¡Tu amigo el detective me ha puesto nerviosa, Sheila!

—Lo siento de veras, tía Evelyn —respondió la muchacha, fulminando con la mirada a Mitch.

—No pasa nada —dijo el detective, con irónica sonrisa—. Le cedo mi copa, Evelyn. —Gracias, pero prefiero servirme otra —masculló la cuarentona, levantándose del sillón. Mitch se irguió también y le tendió su copa.

—Insisto en que beba de ésta, Evelyn. Y procure que no se le caiga también, porque me haría sospechar que contenía lo mismo que la copa de Sheila.

—¡Mitch! —gritó Sheila, brincando del sofá.

—¿Qué está insinuando tu detective? —exclamó la divorciada.

—¡No le hagas caso, tía Evelyn!

—¡Sospecha de mí!

—Dejaré de sospechar si bebe de mi copa —dijo Mitch.

—¡Qué ofensa, Dios mío!

—No le eche tanto teatro a la cosa y beba, Evelyn —insistió el detective.

—¡Ni un sorbo! —rugió la cuarentona, soltándole un zarpazo a la copa.

Mitch anduvo listo y la apartó a tiempo, impidiendo que Evelyn se la arrancara de la mano y la estrellara contra el suelo, provocando su rotura y el derramamiento del licor.

—¿Se da cuenta, Sheila? ¡Su tía trata de eliminar la prueba que tenemos contra ella!

—¡Eso es falso! —gritó Evelyn, intentándolo de nuevo.

Mitch levantó mucho la copa y evitó que el segundo zarpazo de la divorciada resultara efectivo.

—¡Quieta, fiera! —exclamó, empujándola con su mano libre.

Evelyn cayó sobre el sillón.

La bata, en esta ocasión, se le abrió mucho más, tanto por abajo como por arriba, así que, además de sus tentadoras piernas, mostró buena parte del busto.

Mitch clavó sus ojos en los abultados senos de la cuarentona y murmuró:

—Casi nada...

Evelyn se cerró la bata, furiosa, pero sólo por arriba.

—¡Sucio bastardo! —barbotó.

—Insúlteme cuanto quiera, Evelyn pero siga sentada en ese sillón —ordenó el detective.

—¡Estoy en mi casa y haré lo que me salga de las narices!

—No me obligue a mostrarme duro con usted, Evelyn.

—¿Lo estás oyendo, Sheila? ¡Tu amigo me está amenazando!

Sheila no dijo nada.

El hecho de que su tía hubiera intentado, por dos veces, arrancarle la

copa a Mitch de la mano parecía darle la razón a éste y la estaba haciendo dudar.

El silencio de su sobrina enfureció aún más a la divorciada.

—¿Es que lo vas a permitir, Sheila? ¿Vas a consentir que me ofenda y me humille de esta manera?

Sheila se mordió los labios.

—¿Por qué no quieres beber de su copa, tía Evelyn?

—¡Porque no me da la gana!

—Yo se lo diré, Sheila —intervino Mitch—. No quiere beber de mi copa porque le echó una droga o algo peor. También lo echó en la copa que le ofreció a usted. Por eso la dejó caer al suelo, simulando que se le escapaba de la mano cuando yo la forcé al intercambio de copas.

—¡Eso es mentira! —rugió Evelyn, saltando del sillón.

Mitch la empujó de nuevo y la hizo caer otra vez sobre el sillón, provocando una segunda exhibición de sus protuberancias pectorales, aunque tan breve como la primera, porque Evelyn se cerró la bata enseguida.

—¡Salvaje! —gritó, con ojos llameantes.

—Le dije que no se levantara.

—¡Al infierno!

—¿Qué echó en nuestras copas, Evelyn?

—¡Nada!

—Será mejor que confiese.

—¡No tengo nada que confesar!

—Está atrapada. No tiene salida, Evelyn. Su plan se ha venido abajo con este nuevo fracaso.

—¿Qué plan?

—Eliminar a Sheila, matar después a su padre y heredar todo su dinero.

—¡Eso es un disparate!

—Conocía usted a Larry Sorensen, ¿verdad?

—¡Ya le dije antes que no!

—Mintió. Le conocía y tenía o había tenido relaciones íntimas con él.

—¡Eso es absurdo!

—Por Larry supo usted lo que había pasado esta mañana entre Sheila y él. Y decidió aprovechar la circunstancia.

—¡Nada de lo que dice es cierto, detective estúpido!

—Contrató usted a alguien para que eliminara a Sheila. Y ese alguien mató a Larry, cuando éste sospechó que usted era la responsable del disparo a la rueda delantera del «Ford-Cobra». ¿O lo mató usted personalmente, Evelyn?

—¡Está usted loco si piensa eso, Mitch!

—Veremos qué opina la policía, cuando en el laboratorio analicen la bebida que contiene esta copa.

—¡No eché nada en ella!

—Entonces, beba.

Evelyn, tras unos segundos de vacilación, decidió:

—¡De acuerdo, beberé!

Capítulo XII

MITCH Brocco, extrañado, preguntó:

—¿De verdad está dispuesta a beber, Evelyn?

—¡Traiga la copa y verá! —respondió la divorciada, alargando la mano.

Mitch titubeó.

—Como derrame la bebida...

—¡No lo haré, descuide! ¡Me la beberé toda!

—Está bien —accedió el detective, y le entregó la copa.

Evelyn Fosley se la llevó a los labios y bebió.

Hasta la última gota de licor, para sorpresa de Mitch y Sheila.

Evelyn retiró la copa de su boca y sonrió burlonamente.

—¿Convencidos de mi inocencia?

Mitch y Sheila se miraron.

—Se equivocó usted, Mitch —habló la muchacha—. Le dije que tía Evelyn no era capaz de...

—¡Mire! —exclamó el detective, señalando a Evelyn.

Se había llevado las manos al estómago y tenía el rostro contraído, los ojos dilatados, la boca entreabierta...

Parecía estar sufriendo mucho, aunque no gritaba.

—¡Tía Evelyn! —exclamó Sheila, horrorizada.

—Prefiero la muerte... a la cárcel —balbuceó la cuarentona, y enseguida sufrió un violento espasmo.

—¡Era veneno! —exclamó Mitch—. ¡Había echado veneno en nuestras copas!

—¡Dios, qué horror! —gritó Sheila, dando la espalda a su tía.

Mitch la abrazó, pero siguió contemplando la agonía de Evelyn, que dio un grito espantoso y cayó del sillón, quedando tendida de bruces en el suelo, inmóvil, silenciosa. Sheila volvió la cabeza al escuchar el ruido producido por el cuerpo de su tía al tomar contacto con el suelo.

—¡Ha muerto, Mitch! —exclamó, con lágrimas en los ojos.

—Lo siento, Sheila, pero fue su voluntad. No quería pasarse el resto de su vida en la cárcel.

—Sus sospechas eran ciertas, Mitch. Tía Evelyn era la responsable de todo.

—Así es.
—¿Le vio usted echar el veneno en nuestras copas?
—No, fue una corazonada. Y aunque sabía que a usted no le gustaría lo del intercambio de copas, forcé a Evelyn a ello.
—Le pido disculpas por lo que le dije, Mitch.
—No es necesario.
—Me salvó la vida, una vez más.
—Para eso me contrató su padre.
—¿Qué hará ahora el asesino? ¿Seguirá actuando?
—No lo sé. Cuando se entere de la muerte de Evelyn es posible que abandone. Si ya no vive la persona que le contrató y que debía pagarle... Depende de cómo le dé al tipo. Si se empeña en llevar a cabo el «encargo», a pesar de todo...
Sheila se estremeció.
—Es lo que yo temo, Mitch.
El detective miró el cuerpo inmóvil de Evelyn Fosley.
—Lástima que su tía no nos dijera el nombre del asesino y dónde encontrarle. Prefirió morir sin confesar nada.
—¿Qué vamos a hacer, Mitch? ¿Llamar a la policía?
—Sí, ahora ya podemos hacerlo. Les pondremos al corriente de todo.
—Es lo mejor —estuvo de acuerdo Sheila—. El teléfono está allí.
—Vamos.
Caminaron los dos hacia el teléfono.
Mitch tenía ya el auricular en la mano, cuando de repente alguien empezó a reír.
Con muchas ganas.
La risa era de mujer y sonaba en el living.
Sheila sintió que le flaqueaban las rodillas.
—¡Es tía Evelyn...!

* * *

En efecto, era Evelyn Fosley la que reía.
No estaba muerta.
No podía estarlo, porque los muertos no ríen ni se levantan, y la divorciada ya se estaba poniendo en pie.
Sheila Evans la miraba con ojos desorbitados, al borde del desmayo.
Mitch Brocco también la miraba, lleno de perplejidad.
Evelyn Fosley, sin dejar de reír, dijo:
—¡Os he tomado el pelo a los dos! ¡No había veneno en ninguna de las copas! ¡Ni veneno ni ninguna otra cosa rara!

Sheila empezó a sentirse mejor, tras las palabras de su tía, y preguntó:

—¿Por qué simulaste que...?

Evelyn se acercó.

—No soy tonta. Sheila. Cuando Mitch me preguntó si conocía a ese tal Larry Sorensen, supe que sospechaba de mí y que ésa, y no otra, era la razón de vuestra visita. Luego, cuando me pidió que bebiera de tu copa y tú de la mía, ya no tuve la menor duda de ello. Y fue entonces cuando decidí comportarme como una sospechosa de verdad, para que tu detective me acusara abiertamente. Fue muy divertido. Especialmente cuando fingí que el supuesto veneno acababa conmigo, confesando que prefería la muerte a la cárcel. Fue una representación fenomenal, ¿a qué sí?

Evelyn estaba riendo de nuevo, pero Mitch y Sheila continuaban serios, porque para ellos la broma de la cuarentona no había tenido ninguna gracia.

El detective apretó los dientes y masculló:

—Así que todo fue una farsa, ¿eh?

—Efectivamente, detective listo —respondió Evelyn, con gesto burlón.

—No debiste hacerlo, tía Evelyn —habló Sheila.

—¿Sentiste mucho mi muerte, sobrina?

—Sí.

—¡Pero si me creías culpable!

—No importa.

—¡Pues a mí sí me importa! —gritó Evelyn, enfadada—, ¡Y te exijo que me pidas disculpas!

Mitch intervino:

—Sheila no sospechaba de usted, Evelyn. Era yo quien sospechaba, y Sheila me recriminó por ello. Ella estaba segura de que usted era incapaz de planear su muerte y la de su padre para convertirse en heredera.

—Es cierto, tía Evelyn —dijo la muchacha.

—¡Pero empezaste a dudar cuando viste que me negaba a beber de la copa de Mitch, confíesalo!

—Me desconcertó tu actitud, lo reconozco.

—¡Y me creíste culpable cuando fingí que moría envenenada! ¡Te lo oí decir!

—¿No hubieras pensado tú lo mismo, en mi lugar? —replicó Sheila.

—Seguro que sí —rezongó Mitch.

—De todos modos te pido disculpas, tía Evelyn —dijo la muchacha, para acabar con el enfado de la divorciada.

Esta, en efecto, cambió de actitud.

—Démonos un abrazo y olvidemos lo sucedido, Sheila —sugirió, sonriendo.

—Sí, tía Evelyn —sonrió también la joven.

Se dieron el abrazo y se besaron, como dos buenas amigas.

Mitch las observaba, callado.

Cuando deshicieron el abrazo, Evelyn miró al detective y dijo:

—¿Usted no piensa disculparse, Mitch?

—Depende.

—¿De qué?

—Sí también hay abrazo y beso para mí, me disculpo enseguida.

—¡Qué pícaro! —exclamó Evelyn, riendo.

—¡Qué granuja, diría yo! —barbotó Sheila, molesta.

Evelyn se acercó al detective.

—Acepto sus disculpas y sus condiciones, Mitch.

—Magnífico —sonrió Brocco, rodeándola con sus brazos.

Después, se besaron.

Y no en la mejilla.

Sheila apretó los puños.

—Será sinvergüenza, el tío... —rezongó—. Y la tía también —añadió, porque Evelyn estaba poniendo mucho ardor en el beso.

Demasiado, en opinión de Sheila.

La joven, irritada, preguntó:

—¿Me siento en una silla?

Mitch, al oírla, interrumpió el beso y emitió un carraspeo.

—No es necesario, Sheila. Ya hemos acabado.

—¿Se ha disculpado a gusto, Mitch?

—Bueno, la verdad es que yo... —tosió el detective.

Evelyn se echó a reír.

—¡Creo que Sheila está un poco celosa, Mitch!

—¡Estoy narices! —replicó la muchacha, furiosa.

—¡No te enfades, sobrina! ¡Ha sido sólo una broma!

—¡Estás muy bromista tú esta noche, tía Evelyn! ¡Y yo no estoy para bromas! ¡Han intentado acabar conmigo dos veces, no sabemos quién es el asesino, ni quién ha planeado mi muerte!

Evelyn Fosley se mordió el labio inferior.

—Tienes razón, Sheila. Y te pido disculpas. Tu problema es muy serio y es lógico que no tengas ganas de bromas.

Sheila agarró del brazo al detective.

—Vámonos, Mitch. Es tarde y tenemos que volver a casa. Mi padre estará muy preocupado.

—De acuerdo.

Se despidieron los dos de Evelyn y salieron de la casa.

Poco después Mitch ponía el «Ford-Cobra» en marcha, sin sospechar que el asesino los tenía no ya a tiro de rifle o de pistola, sino de pellizco, porque se hallaba oculto en la parte trasera del coche.

CAPÍTULO XIII

Sí.

El asesino viajaba también en el «Ford-Cobra», escondido detrás de los asientos, con una pistola en su mano derecha, provista de silenciador.

Sheila Evans, que tampoco sospechaba lo cerca que tenían al tipo que por dos veces había intentado acabar con ella, miró a Mitch Brocco con el ceño fruncido.

—No se lo perdonaré, Mitch.

—¿Cómo dice?

—Que no se lo perdonaré.

—¿El qué?

—Que abrazara y besara a mi tía.

El detective sonrió.

—No sabe por qué lo hice, ¿verdad?

—¡Claro que lo sé!

—¿De veras?

—¡Le gustó mi tía!

Mitch emitió una risita.

—Me gustó, es cierto. Rostro atractivo y sensual, hermosas piernas, rotundos senos... Pero no la abracé y la besé por eso, sino para asegurarme de que no ocultaba arma alguna en los bolsillos de su bata.

—¿Qué...?

—Sé que no le va a gustar lo que le voy a decir, Sheila, pero sigo sospechando de su tía Evelyn, a pesar de que no echara nada en nuestras copas, como yo pensé.

Sheila, efectivamente, se enfureció.

—¿Cómo es posible que...?

—Representó demasiado bien el papel de sospechosa.

—¡Eso es ridículo!

—¿De veras lo cree?

—¡Tía Evelyn es inocente!

—Ya se verá cuando atrapemos al asesino.

El tipo de la pistola estimó que era el momento de dejarse ver y emergió de detrás de los asientos, colocando inmediatamente el extremo de su arma en la nuca del detective privado.

—Usted no va a atrapar a nadie, Brocco.

Sheila dio un fuerte respingo, se fijó en la cara del asesino, y exclamó:

—¡Ken Harper...!

* * *

Mitch Brocco, intuitivamente, había reducido la velocidad del «Ford-Cobra», pero el asesino presionó en su nuca con el extremo de la pistola y ordenó:

—No se detenga, Brocco, o me lo cargo ya. Vamos, recupere la velocidad perdida.

Mitch no tuvo más remedio que obedecer.

El asesino sonrió y dijo:

—Buen chico.

Sheila Evans se había quedado muda después de pronunciar el nombre del tipo que les amenazaba con una pistola, pero no dejaba de mirarle con ojos perplejos.

Mitch la miró por el rabillo del ojo, sin mover la cabeza.

—¿Dijo Ken Harper, Sheila?

—Sí —respondió la joven con voz ahogada.

—¿El ex marido de Evelyn?

—Sí.

—Qué sorpresa.

Ken Harper desgranó una risita.

—No había pensado en mí, ¿eh, Brocco?

—Desde luego que no.

—Y eso que es un buen detective. Ha sabido adivinar que fue Evelyn quien lo planeó todo.

Sheila tuvo un estremecimiento.

—Oh, no...

—Sí, preciosa. Fue la zorra de tu tía quien me propuso acabar contigo y con tu padre para heredar todo vuestro dinero. Sabía que yo aceptaría, porque estaba harto de pasarle una paga todos los meses, lo cual vengo haciendo desde que nos divorciamos. Como la muy perra no quiere casarse de nuevo, no puedo librarme de esa carga, impuesta por el juez.

—Y Evelyn le prometió liberarle de esa obligación, ¿no? —preguntó Mitch.

—No sólo eso. También me prometió cien mil dólares, que me entregará cuando herede la fortuna de Harold Evans. Y me vendrán de perillas, porque no ando muy sobrado de dinero.

—Entiendo. ¿Y lo de Larry Sorensen...?

—Un trabajo «extra». El tipo adivinó los planes de Evelyn y ella me ordenó que lo liquidara.

—Eran amantes, ¿verdad?

—Sí, se acostaban juntos de vez en cuando.

—Lo que yo supuse.

—Es usted muy listo, Brocco.

—Cogió el coche de Larry después de liquidarle, ¿no es cierto?

—Sí, fui con él a la casa de Evans. Así, si alguien me veía, como de hecho sucedió, pensaría inmediatamente en Larry Sorensen. Regresé a toda prisa y dejé el «Dodge» azul en su sitio.

—Muy inteligente por su parte.

—Gracias.

Mitch había sacado ya el «Ford-Cobra» de la ciudad y había tomado la carretera que conducía a la casa de Harold Evans. De pronto, Ken Harper indicó:

—Reduzca la velocidad y meta el coche por entre los árboles.

—¿Para qué?

—¿De veras no lo adivina?

—Me temo que sí. Me ordenará detener el coche, nos obligará a salir de él y nos liquidará a los dos.

—Exacto.

—No es usted mejor que Evelyn, Harper.

—Haga lo que le he dicho, Brocco.

—Está bien —rezongó el detective, y metió el «Ford-Cobra» por entre los árboles, pero sin reducir apenas la velocidad, lo que hizo que el coche saltara con brusquedad. Sheila se vio arrancada del asiento, pero peor le fue al asesino, pues cayó de lado, con violencia.

Mitch, en cuanto vio que ya no tenía la pistola de Ken Harper presionando su nuca, gritó:

—¡Hágase cargo del volante, Sheila!

Un segundo después saltaba a la parte trasera del coche.

Cayó encima del asesino, que ya trataba de incorporarse.

Harper no había perdido su arma, así que intentó hacer uso de ella.

Y lo hizo.

Por fortuna Mitch le había sujetado ya el brazo derecho y le había obligado a desviar el arma, por lo que la bala agujereó el techo del «Ford-Cobra».

—¡Maldito! —rugió Harper.

—¡Toma, cerdo! —barbotó Mitch, estrellándole el puño derecho en la cara.

Entretanto, Sheila había hecho cargo del volante y reducido la velocidad, hasta detener por completo el coche.

Atrás, Mitch y el ex marido de Evelyn seguían luchando ferozmente.

Harper había accionado de nuevo el gatillo de su arma, pero la bala, como la vez anterior, partió directa hacia el techo y salió al exterior.

Mitch pugnaba por arrebatarse la pistola al asesino, pero éste se negaba tozudamente a soltarla, consciente de que sin ella estaría perdido.

El detective le atizó un nuevo puñetazo a Ken Harper.

—¡Suelta la pistola, condenado!

Harper le aferró la cara con su mano izquierda, dolorosamente.

—¡Te voy a arrancar los ojos, bastardo! —ladró.

Sheila dio un grito al conocer las intenciones del ex marido de Evelyn.

—¡Mitch!

Afortunadamente, el detective consiguió propinar un nuevo golpe a Ken Harper, esta vez en toda la boca, y el tipo le soltó la cara en el acto, al tiempo que lanzaba un aullido de dolor.

Mitch volvió a golpearle, ahora en el brazo derecho y con el canto de la mano, y logró que Harper soltara la pistola.

El detective se hizo con ella con rapidez y, utilizándola como cachiporra, durmió a Ken Harper de un par de golpes en la cabeza.

—¡Se acabó! —exclamó, resoplando.

Sheila se puso de rodillas en el asiento y abrió los brazos.

—¡Lo conseguí, Mitch!

Brocco la rodeó con los suyos.

—Sí, Sheila. Esta vez atrapamos al asesino —dijo, y la besó con vehemencia.

Ella le devolvió el beso con las mismas ganas.

Cuando separaron sus bocas, el detective dijo:

—¿Ve cómo mis sospechas estaban fundadas, Sheila?

—Sí, estaba usted en lo cierto, Mitch. Tía Evelyn es una mujer perversa. Quiero que vaya a la cárcel.

—Irás, no se preocupe. La policía se encargará de arrestarla y de meterla entre rejas, en cuanto les entreguemos a Ken Harper y los pongamos al corriente de todo. Y eso será dentro de unos minutos.

—¿Podemos perder dos o tres más?

—¿De qué?

—De minutos.

—¿Tiene que hacer alguna necesidad?

—¡No! —exclamó Sheila, riendo.

—¿Para qué quiere esos dos o tres minutos, pues?

—Para besarle otra vez, Mitch —respondió la muchacha, y unió su boca a la de él.

EPILOGO

LA policía, efectivamente, detuvo aquella misma noche a Evelyn Fosley, pocos minutos después de haber sido informados de todo por Mitch Brocco y Sheila Evans.

La atractiva cuarentona lloró de rabia y de desesperación, pero nadie la consoló, porque no se lo merecía. Era una arpía y su puesto estaba entre rejas.

Mitch y Sheila regresaron a casa e informaron a Harold Evans de lo sucedido. En principio, el asombro de Harold no tuvo límites, porque no podía ni imaginar que Evelyn Fosley lo hubiera planeado todo para heredar su fortuna.

—Su cuñada es una serpiente venenosa, señor Evans —dijo Mitch.

—¡Jamás lo hubiera sospechado! —exclamó Harold.

—Ni yo —dijo Sheila.

—¡Me alegro de que esté en la cárcel! ¡Y ojalá no salga nunca!

—Se hará vieja entre rejas, se lo puedo asegurar —sonrió el detective—. Y lo mismo le sucederá a Ken Harper.

—¡Otra serpiente!

—Los dos tendrán lo que se merecen, señor Evans.

—Gracias a usted, Mitch, que es un eficaz protector y un gran detective.

—Y que lo digas, papá —sonrió Sheila.

—Siempre hago todo lo que puedo por solucionar los casos que me confían —aseguró el detective—. Es la única manera de ganar fama y dinero.

—Mañana me pasaré por su despacho y le abonaré la suma acordada, señor Brocco.

—No hay prisa, señor Evans.

Conversaron unos minutos más y luego Mitch se despidió, siendo acompañado hasta la puerta por Sheila.

—Siento quedarme sin protector —dijo la muchacha.

—Ya no necesita protección, Sheila.

—Pero le necesito a usted, Mitch.

—¿Qué quiere decir?

—Si no lo adivina, es que es tonto.

Brocco la cogió por la cintura.

—¿Estás segura, Sheila?

—Sí, Mitch.

—¿Cuánto tiempo me vas a necesitar?

—Toda la vida.

—Siendo así, no tengo inconveniente en pedirte que te cases conmigo, porque yo siento lo mismo por ti —confesó Mitch y la besó ardorosamente.

Jenny, la doncella, que los estaba observando desde el fondo del vestíbulo, oculta tras una cortina, exclamó:

—¡El Burt Reynolds éste besa mejor aún que el auténtico en sus películas! ¡Ay, qué suerte tiene la señorita Sheila! ¡Lo que daría yo por estar en su lugar!

FIN

